

Hablemos de Abelón

Cuaderno divulgativo nº 7 (Edición: Abril 2026)



Fotogr.: Manolo Salmerón.

Relatos de Abelón

Índice

Editorial	3
Hacia un destino incierto	4
<i>Charo Antón</i>	
Un sueño de infancia	6
<i>José Martín Barrigós</i>	
Iglesia de Abelón, espejo del pueblo	8
<i>Donaciano Bartolomé</i>	
El aprisco	10
<i>Óscar L. Figueruelo</i>	
El “Pecero” del Duero	12
<i>José Antonio Leal</i>	
Volver a comenzar junto al Duero	14
<i>Marta Leal</i>	
El crimen de la dehesa de La Albañeza	16
<i>Nieves Miguel</i>	
Abelón, el pueblo de Eusebio	18
<i>Ana Pose</i>	
Un verano inolvidable	20
<i>Miren Salmerón</i>	
La fuerza del destino	22
<i>Manolo Salmerón</i>	
“El Pardal”	24
<i>Alfonso Sastre</i>	
Una carta en verso desde la guerra de Marruecos	26
<i>Toni Silva</i>	
Carta al Principito	28
<i>Pedro Bernabé</i>	
Cuando el cielo hierva y las palabras desaparezcan	29
<i>Alejandro de Pedro</i>	
Relato de lo acaecido en el año 1191 en la ermita de La Albañeza	30
<i>José Luis de Pedro</i>	
A por leña a la dehesa de La Albañeza	31
<i>José Vicente</i>	

Redacción: Rubén de Pedro, Manolo Salmerón y Alfonso Sastre

Corrección de textos: Cristina Sastre

Fotografía: Manuel de Pedro y Manolo Salmerón

rón

Maquetación: Manolo Salmerón

Página web: <https://hablemosdeabelon.com>

Edita: mferron2@gmail.com

Depósito legal: DL ZA 134-2025

Editorial

El objetivo de la revista *“Hablemos de Abelón”* es bien claro y así lo demuestran los números publicados: dar a conocer el patrimonio cultural de nuestra localidad. Ante ello, somos conscientes de que debemos aprovechar cualquier atisbo que se nos presente para difundir con persistencia, más allá de los límites locales, nuestros valores culturales. A tenor de todo lo anteriormente expuesto, no debemos extrañar el contenido que ofrece la presente publicación, una serie de relatos, en total dieciséis, cuyas tramas y personajes forman parte del paisaje abelonés. Aparentemente, pudiera parecer que se aparta de la línea editorial; nada más lejos de la realidad. Creemos que constituye un nuevo enfoque de la difusión de la revista y, como tal, apostamos por ello. Para hacerlo posible, nos era necesario ampliar el número de colaboradores, nuevas plumas que infundieran un golpe de decisión al proyecto y reafirmar nuestra confianza en él.

La presencia de la revista *“Hablemos de Abelón”* en el grupo cultural de escritores sayagueses nos ha brindado esta oportunidad y nuestras peticiones han sido atendidas por aquellos a quienes se han solicitado. Además, se han sumado reconocidos escritores ligados a Abelón. Si lo expuesto nos llena de satisfacción, no es menor nuestra alegría al constatar que nuevas y jóvenes firmas de Abelón, y otras con hermosos sentimientos hacia la localidad se han sumado a este proyecto. Como era de esperar, dentro de toda lógica, también se encuentran los habituales colaboradores locales. A todos ellos nuestro agradecimiento.

Como hemos dicho anteriormente, el contenido lo conforman dieciséis relatos, de los cuales, los que ocupan una extensión de dos páginas se encuentran al inicio y los de una, al final. Se encuentran ordenados alfabéticamente según la primera letra del apellido de los autores.

Finalmente, solo nos resta añadir una vez más nuestra gratitud al pueblo de Abelón por vuestro continuado apoyo. Vuestras peticiones hacen posible esta publicación.

Hablemos de Abelón

HACIA UN DESTINO INCIERTO

Charo Antón



Los Arribes del río Duero. *Fotogr.: MSF.*

Sale del agua y se arrastra como puede hasta unos espesos matorrales. No sabe dónde se halla. Hace calor, mucho calor. El sol implacable cae sobre su cabeza desnuda. La ropa pegada al cuerpo, mojada, le molesta. Los pies descalzos sufrieron con los pinchos de abrojos y zarzas mientras trepa con dificultad por la acusada y escabrosa pendiente. Avanza hasta que le falta la respiración. Luego se detiene y mira hacia atrás. Ve el gran río, abajo, tranquilo, sosegado, que solo acusa la estela del barco que se aleja hacia occidente. Tardarán horas en echarla en falta, pues la crearán encerrada en la bodega.

Reanuda la penosa marcha ascendente por esos vericuetos de vegetación apretada y cerrada que le lastima las piernas y los brazos. La ropa, hecha jirones ya, apenas la defiende contra el roce de juncos de ribera y otras hierbas duras y recias. El río queda cada vez más abajo.

No sabe calcular el tiempo que lleva abriéndose paso por esos montes cuando, de pronto, el tintineo de esquilas de ganado hacia su derecha alerta sus sentidos. Un poblado debe estar cerca, pero no sabe si fiarse y dirigirse hacia el lugar de donde parece que viene el sonido. Oye también ladridos de perros, mastines pastores sin duda. Se esconde, se agazapa entre unas escobas y decide ale-

jarse hacia su izquierda en dirección contraria. Sigue subiendo monte arriba, en diagonal, el río cada vez más lejos.

Al rato se detiene en seco. El sonido del agua precipitándose con estruendo la hace aguzar el oído. Avanza en esa dirección, atraída como por un imán. El ruido ensordecedor de una cascada la va guiando. Y al poco, tras una arboleda, divisa la caída de agua de múltiples brazos, espumosa y salvaje. La hermosa visión la paraliza.

El agua, las aguas, despeñándose en varios gajos e hilos, refulgen al sol cálido y bermellón del atardecer, a la vez que una neblina de vapor traslúcida enmarca el paisaje.

Se dirige hacia allí, para lo cual tiene que descender asidiéndose con sus magulladas manos a las ramas de unos matorrales. En su aturdimiento y tribulación, Dunia no se da cuenta de que ha atravesado una canaleta rudimentaria de piedra que había alimentado un antiguo molino cuyos restos quedaban más abajo, a medio camino entre la cascada y el río. Por fin llega a una especie de meseta formada por lajas de piedra granítica, humedecidas y resbaladizas por las salpicaduras del agua al precipitarse. Busca la manera de acercarse lo más posible a la cascada y finalmente lo consigue.

Se mete bajo los chorros con precaución y deja que su cuerpo se refresque y vivifique durante un rato largo. Siente con fruición cómo el agua resbala por sus miembros, arrastrando todo el cansancio acumulado durante su escapada del barco y su penosa ascensión por el abrupto terreno.

Bastante recuperada, empieza a salir de allí y continúa su marcha; no sabe hacia dónde. Siente hambre, mucha hambre, pero no es tiempo de ocuparse de eso. Tal vez encuentre alguna hierba comestible en su camino. Su instinto le dice que ahora lo importante es seguir subiendo. Reanuda su incierto caminar. Bordea el tajo de rocas y agua y asciende por entre pedruscos y áspera vegetación. Le faltan las fuerzas de nuevo y se detiene un momento. Un poco más lejos descubre un arroyo que brilla con el reflejo del sol poniente. Se arrastra hasta allí y bebe con ansia y avidez. Es el riachuelo que da agua a la cascada, pero ella no lo sabe.

Empieza a oscurecer y el miedo vuelve a atenazarla. Ya no le aturde la algarabía de los grillos entre el follaje, pero cree escuchar el aullido de los lobos. Quizás sea su imaginación, aunque es muy probable que esta sea una tierra de lobos. Jabalíes y zorros, seguramente, mas estos no le causan temor por estar acostumbrada a sortearlos allá en su tierra. Osos, no es probable, pues gustan de riscos más elevados y moran lejos de las zonas habitadas.

¡Qué lejos debe estar de su tierra! Sus padres estarán buscándola con angustia desde hace meses, ignorando qué ha sido de ella. Sus hermanos andarán de un lado al otro en su pesquisa. Es la primera vez que le vienen a la mente desde que se tiró del barco en que iba prisionera.

El día está cayendo y avanza con toda la rapidez que le permiten sus piernas cansadas y arañadas. Se escucha ya el ulular de los búhos y el silbido de las lechuzas. En un repecho por encima de su cabeza divisa un hueco entre unas matas y trepa hasta allí. Efectivamente, es una especie de hendidura y piensa que le puede servir de abrigo durante la noche inminente. Levanta unos ramajes y se introduce en la oscuridad más absoluta. Tantea las paredes a la espera de que sus ojos se acostumbren y pueda vislumbrar algo. Unos murciélagos veloces y negruzcos le rozan la cara asustándola, pero prosigue su exploración desesperada. Piensa que puede ser una zorrera abandonada porque es muy exigua y no parece que haya más animales que los ratones voladores. Se acurruca para tomar aliento. Huele a humedad y a ho-



Arroyo La Cunca. *Fotogr.: MSF.*

jarasca. Ya seguirá su exploración un poco más tarde, pero su cansancio es tal que no tarda en quedarse dormida. Un último búho ulula a lo lejos, aunque ella ya no lo oye. Luego se hizo el silencio.

Pasan las horas. No sabe cuántas. Al despertar, se acaricia las cicatrices de muñecas, brazos y espalda hasta donde alcanzan sus manos. Confía en que eso sea ya parte del pasado. No sabe dónde se encuentra, pero no importa porque está segura de que no puede ser peor que el infierno en que ha permanecido durante estos meses.

El hambre ya es acuciante y quizás por eso su olfato afinado cree oler algo diferente a lo percibido cuando entró en la cueva. De repente se da cuenta de que está arropada por una manta de lana de oveja. Sufre un sobresalto. Se dirige a rastras hacia la tenue claridad del día que le llega hasta allí y descubre que el espacio es más grande de lo que pensó en un primer momento. Ahora le parece una mina abandonada.

Vuelve a su nariz un perfume conocido que le recuerda su apetito y, de pronto, cerca de la entrada de la covacha, encuentra una jarra de leche recién ordeñada, un trozo de pan de trigo y un cuarto de fuerte queso de oveja, todo cuidadosamente colocado sobre unas hojas de roble. Come despacio y las humildes viandas le parecen los más exquisitos manjares que haya probado nunca.

Aliviados los sufrimientos del hambre y del cansancio, cae en la cuenta de que su situación y su vida están a merced del azar. La incertidumbre y el miedo no la han abandonado.

UN SUEÑO DE INFANCIA

José Martín Barrigós

¡Leñe, qué sueño más guapo el de esta noche! Mira que es raro que yo sueñe, pero ha sido genial lo de hoy. Y, sobre todo, placentero. De lo que me alegro mucho, porque otras veces han sido más bien pesadillas horribles lo que he soñado.

Ya en una ocasión os referí el episodio biográfico de la cruz de Villamor de Carozos en la que mi santa madre (q.e.p.d.) me hizo la misma perrería que el ciego le hizo al Lazarillo de Tormes en el verraco del Puente Romano de Salamanca: darme un coscorrón, cuando arrimé la cabeza a la piedra tratando de escuchar las campanas de Abelón, porque me había dicho ella que se oían pegando la oreja a la cruz. (*H de A. Núm. 4, págs. 26, 27*)

En el sueño al que me he referido, aparece Abelón como escenario en el que suceden los hechos y abeloneses son los protagonistas de la fantasía soñada.

Yo era un muchacho de unos once o doce años y aquel día, un día de primavera de brillante sol, acompañé a mi padre al molino maquilero del tío Andrés Bernabé, en el paraje de El Pilo, camino de Fresnadillo.

No sé muy bien qué nos había llevado allí. Lo más probable pudiera ser algo relacionado con las correas de transmisión de algún motor, pues como mi padre era zapatero y las correas eran de cuero, supongo que por ahí irían los tiros.

Apenas llegados y casi sin haber terminado de saludar al dueño, escuchamos las voces de alguien que ya desde el camino venía gritando “¡tío Andrés!, ¡tío Andréeees!”.

A poco, un mocetón de unos dieciocho años, más o menos, sofocado, sudoroso y jadeante apareció en la puerta. Era su sobrino. Un último resuello largo le impidió hablar hasta pasados unos segundos, generando en el dueño del molino una ostensible preocupación. Se acercó a él su tío y, poniendo las manos sobre sus hombros, trató de tranquilizarlo.



Molino El Pilo. Fotogr.: MSF.

—Serénate, muchacho —le dijo con voz morigerante—, recupera el resuello y dime lo que tengas que decirme. ¿¡Qué coños pasa para que vengas así!?

Congestionado aún, el mozo todavía hubo de respirar hondo antes de contestar la pregunta.

—¡La fiscalía! —exclamó—, que viene..., que está viniendo... de Moral... ¡La fiscalía! ¡Me cago en tal! Que están en Moral y enseguida van a llegar.

—¡La virgen! —exclamó el tío Andrés—. ¡Mal rayo los parta!

Eran los tiempos de la posguerra. En España, tras la fratricida y devastadora contienda civil, el Servicio Nacional del Trigo, desde 1937 y por ley, después de la guerra fue extendido a todos los cereales para

¹La expresión "fiscalía de tasas" se refiere a un organismo que existió en España bajo la dictadura de Franco, específicamente, la Fiscalía Superior de Tasas y sus delegaciones provinciales, las fiscalías provinciales. Estas entidades fueron creadas para combatir el mercado negro de productos intervenidos por la Comisaría General de Abastecimiento y Transportes. <https://pares.mcu.es/ParesBusquedas20/catalogo/>

obligar a los agricultores a vender al Estado sus cosechas al precio que él mismo marcaba. Los cosecheros que escamoteaban y dejaban de entregar en las paneras y silos estatales todo o parte de lo cosechado eran multados y el grano que ocultaban les era requisado por los agentes de la denominada Fiscalía de Tasas¹.

Como el grano escondido necesariamente había de ser molturado para su utilización, la vigilancia sobre los molinos era estrecha. A las horas más intempestivas, se presentaban dos agentes y multaban al molinero y expedían la orden de entrega inmediata de la totalidad de lo confiscado.

A “los *tiotes*” de tan infausta como temida misión les temían los molineros “más que a un *nublao*”.

El tío Andrés reaccionó sin sobresaltarse, pero con vertiginosa diligencia:

—¡Vamos! ¡Rápido! ¡La madre que los parió! —Tenéis que echarme una mano —ordenó. —Tengo arriba unos costales de harina y algunos sacos de centeno. ¡Hay que sacarlos volando!

No alcanzaba yo a comprender cómo iba a ser posible transportar por el aire tan pesados bultos, pero como hicieron los demás, subí con ellos la escalera para ayudar en la faena que fuera preciso ejecutar.

Hubo que tirar entre todos de los pesados sacos y, a mano, bajarlos por las mismas escaleras de madera por las que subimos a buscarlos. Y, una vez abajo, el tío Andrés tomó el mando, cargó el primer bulto en una carretilla peculiar, diseñada específicamente para tal uso, y ordenó:

—Uno a uno los sacáis de aquí y los escondéis donde os diga mi sobrino; él ya sabe. Yo tengo que quedarme, por si llegan. Vosotros, si sentís el coche o los veis llegar, quedaros amonados, tras de las zarzas *pa* que no os guipen. ¿Entendido? ¡Ni moverse, eh!

—Sí, sí. De acuerdo. —Le respondió mi padre.

El sobrino empujó la carretilla y salimos al campo.

En los alrededores y cerca del molino, a su trasera, solo había una peña no muy alta y una pequeña charca circundada en buena parte por un zarzal y unas matas de juncos. No distaba más de unos escasos ochenta metros o así, y hacia allí nos dirigimos.

Una vez descargado y ocultado tras las zarzas el primer saco, mi padre nos mandó al sobrino y a mí que nos quedáramos en el sitio, sin movernos. “*Amonados*” detrás de la peña, tal y como el molinero nos había indicado.

Mi padre tuvo que hacer ocho viajes y regresó después para quedarse con nosotros. Nos explicó que el molinero no consintió que le hiciera compañía, para que “los *tiotes*” le interrogaran sobre su presencia allí. Y a mí me dijo:

—Pepe, hijo, mira qué te digo: nosotros podríamos marcharnos, pero no debemos dejar al tío Andrés solo, porque en estos casos nunca se sabe qué puede pasar. No. Nos puede necesitar y sería una cobardía supina dejarlo solo ante el peligro.

Esa manera de decir las cosas, con lenguaje castrense, porque a él, como a todos los de su edad, le había tocado participar en la guerra y, en muchas ocasiones, me instaba a ser valiente para ayudar a la gente que está en peligro o sufre o está imposibilitada, etc. Ya sabía yo que varios compañeros suyos salvaron la vida por su ayuda y viceversa. “En el frente de Teruel”, me contaba.

Pasado un buen rato, oteamos una polvareda que avanzaba por el camino de Abelón, en dirección al molino. De inmediato imaginamos todos que sería el auto de “los *tiotes*” y no nos equivocamos. Poco después, ya pudimos identificar el Ford negro de los agentes de la temida Fiscalía.

—¡Cuerpo a tierra! —ordenó mi padre—. ¡“*Amonarse*”, como dijo tu tío! Bien agachadicos y chitón hasta que se vayan.

A mí, ni sé por qué se me ocurrió exclamar: “¡A los indios que vienen los caballos!”. Pero a mi padre no le hizo ni pizca de gracia y me miró con una mirada de esas que dicen mucho más de lo que se alcanza a decir con palabras. Así que corregí de inmediato:

—Bueno, al revés, claro. “A los caballos que vienen...”

Pero no pude terminar la frase porque mi progenitor me tapó la boca con su mano y no precisamente con un delicado movimiento.

Y justo ahí, me desperté. Con sensación de ahogo por no poder respirar.

Además, me quedé sin saber cómo acabó el asunto y la inspección del molino.

Sin embargo, sin saber el porqué, el episodio quedó almacenado en mi memoria y en los ochenta y tres años de mi existencia lo sigo manteniendo en ella fresco y flagrante.

Por algo será.

IGLESIA DE ABELÓN, ESPEJO DEL PUEBLO

Donaciano Bartolomé



Iglesia de San Martín. *Fotogr.: MSF.*

Me ha parecido oportuno y pertinente escribir sobre la iglesia por varias razones. En el número 6 de Hablemos de Abelón, correspondiente a agosto de 2025, encontramos 12 fotografías relacionadas con la iglesia o sobre motivos religiosos. Al llegar al pueblo de Abelón, descuella el edificio de la iglesia; nos sirve de referente y guía. Todos saben ir a la iglesia y donde está la iglesia. Es parecida y diferente a la de pueblos de alrededor. Es vuestra iglesia. Única en el mundo entre los millones de iglesias. Yo, que me casé con una moza de Roelos, catedrática de Pedagogía en la Universidad Nacional de Educación a Distancia, me enorgullezco hablando de la del pueblo y digo que es la más grande y bonita de Sayago. A ella dedicamos la cantidad de 200.000 euros recaudados y mendigados a distintos entes. Pero lo conseguimos y logramos revestirla de nuevo. En el tiempo que estoy en el pueblo, con permiso del cura, mantengo la iglesia abierta todos los días y todo el día, invitando a los transeúntes a visitarla y a los del pueblo a conocer mejor su iglesia, nuestra iglesia, admirarla y frecuentarla.

La iglesia consagrada a san Martín —que fue en su juventud soldado romano, conocido porque partió su capa para dar la mitad a un pobre, se convirtió al cristianismo y fue obispo de Tours en Francia al final del siglo IV, allá por el 380— está edificada en

buena sillería de granito, con cabecera cuadrada, nave única, espadaña y cuerpo adosado al norte que comprende la sacristía, pequeño pórtico y trastero. Posee dos portadas, una al norte, románica del siglo XII/XIII, y otra al sur, cuya construcción se fecha por una inscripción en el año 1894.

La iglesia es el edificio que evoca siempre recuerdos y sentimientos muy ligados a la vida, a nuestra vida. Muchos decimos que como la iglesia de mi pueblo no hay ninguna. Y es verdad. Como la iglesia de Abelón no hay ninguna. Muchas parecidas, pero igual, igual, NINGUNA, y esto nos lleva a hablar cuando estamos con forasteros o en otras tierras de la iglesia del pueblo. Yo, que cuando llego a un pueblo, también lo hice en Abelón, pregunto quién tiene la llave y le pido el favor de abrirla; doy fe de que hay muchas, muy singulares, y cada una es diferente. Más bajas, más grandes, con el pórtico así o de otra manera, más o menos altares, algunos santos, pero todas diferentes. Y los de Abelón se sienten orgullosos de la suya. Cada uno la considera y contempla como algo suyo. Sus tatarabuelos están en ella enterrados, trabajaron mucho para arrastrar y colocar la piedra, dieron sus limosnas, diezmos y primicias; algunos incluso legaron sus bienes, se arrodillaron muchas veces en ella, miraron las imágenes, prometieron ser mejores; se siente y respira toda-

vía su presencia y cuando entramos la encontramos fresca en verano y caliente en invierno. Siempre acogedora, nos trae recuerdos personales. En ella descubrimos la pila bautismal, donde fuimos bautizados. No lejos encontramos unos muebles antiguos, que los más jóvenes piensan que son un minibar o un quiosco. Se trata de los confesionarios. Acudimos a este lugar los más, con 8 años por vez primera, donde nos arrodillamos, las mujeres delante de una rejilla y los varones a cara descubierta para confesar nuestros pecados. El cura estaba dentro y siempre terminaba diciéndonos que nuestros pecados eran perdonados. Y estábamos contentos. Al día siguiente era nuestra fiesta, la primera comunión, fiesta en la iglesia y en las familias, sencilla, pero emotiva, trajes nuevos y diferentes, manos cruzadas con un rosario y un librito titulado "Mi Jesús", blanco; bien guapos fuimos reyes y reinas por un día o por varios y recibimos algunos regalos.

Las mujeres recuerdan su primer reclinatorio y su misal. Cuando cumplían los 18 años, adornadas muy coquetamente con su velo, presumían de reclinatorio y los mozos desde la tribuna o coro contemplaban sus esbeltas figuras, sobre todo las piernas, que ya lucían zapato de tacón y medias de cristal. Otras cosas estaban bien resguardadas. Muchas personas recuerdan también su boda celebrada en su iglesia, o aniversarios de plata, oro y los bautizos de familiares. Ello contribuye a identificar esta iglesia como parte fundamental de su vida. En ella vivieron las procesiones festivas con las imágenes sagradas que adornan nuestra iglesia, colocadas en las paredes o en los retablos llamados altares. Entre otras, recordamos san Martín, san José, san Vicente, san Antonio de Padua el Noviero, san Antonio Abad, el Corazón de Jesús, Nuestra Señora de Fátima, Nuestra Señora de las Angustias, santa Clara, la Virgen del Rosario, la Virgen de san Vicente, la Santísima Virgen María de Abelón y Jesucristo Crucificado. Precedía a ellas una buena preparación. Algunas imágenes lucían vestidos donados por personas de Abelón, su puesta en las andas, su traslado en la procesión entre cánticos y velas, luciéndose también mayordomos y mayordomas. Los mozos subían a la torre y hacían sonar las campanas con diferentes toques que indicaban si había bautizo, boda, entierro, tormentas, rosario o misa. También las horas de comida y hasta de levantarse. El volteo de campanas llenaba todo el pueblo de aire festivo, servía para preparar los corazones, los últimos retoques a los adornos y encaminarse a la celebración. ¿Cómo no recordar aquellas Semanas Santas con sus oficios largos de tinieblas, los santos todos tapados con lienzo morados? En ella, en los últimos tiempos, algunos han recibido el Sacramento de la Unción de mayores. ¿Cómo no recordar también momentos tristes, viendo a nuestras



Iglesia San Martín. Fotogr.: MSF.

personas fallecidas en un ataúd, recibiendo oraciones, flores, incienso, agua bendita, lágrimas, cantos de despedida de todos los asistentes? Quiero también mencionar la sacristía. En ella se conservan libros de bautismos y otros de cofradías, cuentas y boletines. Son un tesoro a conocer y estudiar.

La iglesia, nuestra iglesia de Abelón, es la imagen de la generosidad de nuestros antepasados. Con pocos medios quisieron que el templo, la casa de Dios, la casa de todos, fuera el edificio más solemne, emblemático, esbelto de todo el pueblo. Su construcción primera se remonta al siglo XII/XIII. Vinieron repobladores cristianos que se aposentaban aquí en la Reconquista. Lo primero que hacían era construir un pequeño templo. Andando el tiempo, lo agrandaron y adornaron con retablos, imágenes, ornamentos. En el portal se puede admirar la viga que emplearon para mover y subir las piedras. El suelo era el cementerio. Con ello la iglesia —edificio— adquirió el significado de iglesia, reunión, comunidad de creyentes. En el suelo estaban enterrados los difuntos por quienes se rezaba; eran los representantes de la iglesia purgante. En los retablos contemplamos las imágenes de santos y santas, vestidos, adornados con vestimentas que no tuvieron en vida, pero que los artistas, escultores, imaginaron que lucen en el cielo, llenos de gloria y majestad, y en los reclinatorios, sepulturas, ahora bancos, nos ponemos los que aún vivimos y que somos la iglesia militante. Nuestra iglesia, cuando atravesamos sus puertas, nos une con los presentes y con quienes nos precedieron.

EL APRISCO

Óscar L. Figueruelo



Fotogr.: <https://pixabay.com/es/photos/pastor-oveja-reba%C3%B1o-n%C3%B3mada-simple-1588002/>

El tardío no llegó a Abelón hasta ya entrado el mes de noviembre. Las primeras gotas cayeron por Los Santos, tras un verano muy seco. Me ha tocado andar detrás de mi pequeño rebaño todas las noches hasta que el suelo, que conservaba la tierra caliente, puso algo de color verde. Fue entonces cuando los pobres bichos pudieron bajar los hocicos, meter algo jugoso en sus bandujos y templar el carácter irascible que se les pone fruto del hambre y que no las deja parar, dando mala vida a quien cuida de ellas.

Con los días tan cortos y tanta oscuridad amparando a las alimañas, lobos y zorras tampoco dan respiro, famélicos como andan. Estas últimas muestran un pelaje desaliñado en sus esqueléticos cuerpos, con rabos pelados, calvas y guedejas colgando que dan fe de lo largo y duro que se les ha hecho el estío. O la cosa mucho cambia en estas semanas hasta la llegada del invierno y este muestra su cara más benévola, o no merecerá la pena darle muerte a ninguna de ellas para despojarla de su piel y venderla al primer pellejero que pase por delante de la puerta.

Como el Buen Pastor, no he podido separarme de mi ganado de noche hasta hace una semana que he empezado a encerrarlas. De día lo tuve que hacer a primeros de octubre para agarrarme a la

mancera y sembrar en seco los cuatro piscos porque no se podía esperar más.

A las ovejas y a la media docena de cabras les sigue tocando bajar al río a beber. Menos trecho ahora que antes, tras construir el Salto y amansar la corriente. Y es que por esta zona donde ando no hay ningún cadozo con agua en la rivera, ni fuente de donde sacarla. Con constancia y en abundancia tendrá que llover en adelante para que se llene el subsuelo y poder ver saltar el agua por las cascadas este invierno. Transitar por aquellas laderas empinadas llenas de peños, prendederos, carrascos, ardeviejas y piornos les gusta poco a los animales, sobre todo porque aún andan muchas moscas, pero no queda más remedio.

La tarde va vencida y es hora de encaminar los pasos hacia la cortina donde tengo las cañizas puestas. En ella también hay construida una rústica majada, aprovechando una gran peña que ofrece su ayuda y hace de pared en el fondo. Sin detenerme, meto mi mano izquierda por debajo de la boina para rascarme la coronilla. Al hacerlo, la desplazo hacia adelante y, al acabar, la vuelvo a colocar en su sitio con maestría. Conservo una buena mata de pelo, casi toda ella blanca. El barbero me dice que eso ha hecho que no luzca una incipiente calvicie, como mis hermanos y primos.

¡Vete tú a saber!, porque ya hemos visto de todo en esta vida.

Mientras me rasco, pienso que pocas bellotas tienen las encinas, igual que pocas moras tuvieron las zarzas, y que poco van a engordar de aquí a que maduren, momento en el que empezarán a caer y a trastornar a las ovejas sin que pastor y perro podamos hacer vida de ellas. Todos los años es parecido, pero los de escasez, más aún.

De manera progresiva me he ido poniendo delante del rebaño, abriendo el paso ya por entre paredes de cortinas. El perro cierra la comitiva de blanca lana. Hoy ando algo más temprano. De mi brazo izquierdo cuelga la cayada, al lado del morral, y en mi mano derecha llevo el cadáver de un cordero nacido muerto. La oveja lo sigue fielmente, no aceptando que su cría carece de vida. Los pájaros que no han emigrado huyendo de los futuros rigores del invierno, con vuelos bajos y dubitativos, van buscando refugio para pasar la noche. Algunas urracas nos observan pasar, posadas en el alero de la vieja caseta de la era. Siempre andan al acecho. Unas veces, a ver si se queda alguna oveja entallada y sacarle los ojos; otras, tras los partos, a comerse las mondas si el perro se despista. A las mañanas siempre hay alguna posada en las *pernillas* de las cañizas a la expectativa de algún infortunio; o como esta vez, deseando que les tire el cadáver que va colgando de mi mano. No tendrán la dicha, pues nada más llegar, mi intención es quitarle la piel para ponérsela a otro y echársela a esta madre. Tengo una oveja parida de antes de ayer, con dos corderos que no será capaz de criar.

Entramos en la cortina y dejo al rebaño que merodee por los zarzales de las paredes antes de encerrarlo. Dos cabras y tres ovejas se dirigen a la majada porque saben que en ella quedaron encerradas sus crías. Tras todo un día de separación, hay ganas de reencuentro. Algo de leche habrá en esas ubres. Suelto en el suelo el cadáver del desventurado, retiro la cañiza y entro en la vetusta construcción. No dejo que me sigan, pues dentro están los dos cabritos y los cuatro corderos deseados. Las madres balan impacientes fuera. Solamente será un momento de espera. No quiero que salgan todos, y retengo el más pequeño de los mielgos, al que le pondré la piel. No puede mamar de la madre. Muerto de hambre, se queda apriscado en el rincón, balando desconsolado por más que le digo que unos deliciosos calostros lo están esperando en una ubre con buena calentura.

Fuera, para poder ver, cuelgo el cadáver boca abajo en una estaca. Saco mi preciada navaja

portuguesa del bolsillo y la desgastada piedra de afilar del zurrón. Le doy dos pasadas para ponerla a tono. Sobre la pantorrilla, encima de mi viejo y raído pantalón de pana, queda algo de polvo blanco. Sin dilación me pongo a desollarlo si no quiero dejar que la noche me sorprenda. Su elástico cuerpo y su tierna piel ofrecen poca resistencia. En un momento hay dos partes separadas. Le hago cinco agujeros y entro a ponérselo al otro. Le irá justo. Puede que el parto se haya adelantado y le falte alguna semana de gestación. Puede también que haya muerto en el útero y eso haya provocado su prematura salida. El perro tendrá carne para los próximos dos días, no teniendo que roer el duro cuero del tocino añejo y el cusco de pan. Las desgracias de unos son la fortuna de otros. Siempre ha sido así.

No dejo que la oveja entre tras de mí. No puede ver la operación. Solo cuando tengo al cordero vestido con la nueva piel, retiro la cañiza para que pase. Lo hace sin dilación, pero al arrimarse y apreciar los olores mezclados, recula. Era lo esperado. Tendré que encerrarla junto al cordero en una esquina sin apenas movilidad. De su docilidad dependerá el número de días que permanezca apretada en el aprisco. ¡Otra preocupación más! Ahora debo hacer que el cordero mame y la descargue. No tiene las tetas excesivamente abultadas ni encendidas. Le ordeño dos chorros a cada una y arrimo al hambriento recental. Se agarra con ganas moviendo el rabo mientras la oveja patalea, haciendo que me tenga que emplear a fondo para que no lo desplace y lo pisotee. Cuando acaba de sacarle todos los calostros, los aprisco a ambos y arrimo la cañiza bien al cuerpo de la oveja. La fijo a las estacas de la pared y la calzo con dos piedras grandes. Aquí está la jera hecha.

Salgo fuera y me lio un cigarro que fumo mientras encierro todo el ganado, unas en la majada y otras en las cañizas. No puedo evitar fijarme en las escobas de la brigada, que todavía no hacen falta, pero que están muy marchadas. Será necesario arrancar más, también para colgar en la entrada de la caseta. Las más viejas habrá que llevarlas a casa para encender la lumbre. Seguramente el ama me encargue piornos para la hornija del horno en cuanto se entere de mis intenciones y me vea enganchar las burras al carro.

Dejo suelto al perro a cargo de la hacienda y me voy *pal* pueblo arrastrando los pies, rodera adelante, pensando en la bicicleta que mi vecino el latonero me ha ofrecido. Sería la manera de ahorrarme patadas y de dejar de perder el tiempo por los caminos. El modo de pagársela es la zozobra que me trae de cabeza.

EL "PECERO" DEL DUERO

José Antonio Leal



Los Arribes del río Duero. *Fotogr.: MSF.*

En un pequeño pueblo llamado Villaseco del Pan, donde el río Duero se deslizaba sereno entre sus orillas, vivía un pescadero llamado Ángel. Ángel el *Pecero* del Duero, vivía solo en una casita cerca del río con su perro Trueno, un viejo pastor alemán de pelo canoso y lealtad inquebrantable. Un animal que siempre lo acompañaba en sus salidas. Trueno era un mestizo de ladrado fuerte y ojos vivaces, que corría a su lado mientras Ángel remendaba sus redes o preparaba su bote. Aunque el *Pecero* nunca había sido muy amigo de las charlas, la compañía de su perro lo hacía sentir menos solo. No había mujer en su vida, pues siempre había pensado que el río le ofrecía más compañía que cualquier persona.

Desde que era un niño, Ángel había pasado su vida rodeado de aguas y peces. Su padre, también pescadero, le enseñó todo lo que sabía: cómo lanzar la caña, cómo leer el río y cómo ser paciente. Sin embargo, a pesar de su experiencia, había un secreto que guardaba: nunca había aprendido a nadar. Su madre siempre le repetía que era importante, pero Ángel se sentía seguro en su pequeño bote y nunca pensó que necesitaría hacerlo.

Ángel era un hombre de buzo desgastado y mirada sabia, conocida en los alrededores del pueblo de Abelón. Ángel, con sus manos curtidas por el sol y por las frías aguas del Duero, era un hombre sencillo, conocido por todos por su habilidad para pescar. Cada día, antes de que el sol asomara por el horizonte, él se preparaba para partir hacia el río en su

barca vieja de madera, a la que llamaba "La Esperanza"; cargaba su cesto de mimbre y se dirigía hacia las aguas tranquilas del río Duero. Su cesto, hecho de cañitas entrelazadas con cariño, era su mejor compañero. En él, guardaba los peces que atrapaba con paciencia y destreza, deseando que su trabajo pudiera llenar las barrigas de los vecinos que tanto lo necesitaban. Ángel era un hombre paciente, y pasaba horas en su barca, moviendo su caña con maestría, confiando en que el río le proporcionara su sustento.

Su barca, aunque un poco desgastada por el tiempo, era su orgullo. Tenía un diseño clásico, con costuras de madera que contaban historias de aventuras pasadas. En ella, Ángel llevaba su caña y su red, herramientas que sabía manejar con destreza. Su objetivo era claro: pescar carpas y, de vez en cuando, algún barbo, que daba un toque especial a sus ventas por los pueblos de la zona, sobre todo por Abelón, que es el pueblo donde Ángel hacía más ventas, ya que se encontraba en el lado opuesto del río Duero y Ángel solo tenía que cruzar el río. Sus días eran tranquilos y llenos de rutina. Pero lo que realmente disfrutaba era vender el pescado por el pueblo. Las personas de Abelón conocían su reputación, y siempre lo recibían con una sonrisa cuando traía sus frescos pescados.

En Abelón, todos conocían a Ángel. Lo esperaban cada mañana a la puerta de sus casas, con una sonrisa y un saludo. Sus carpas, frescas y sabrosas, eran la base de muchos guisos y calderetas.

Los niños lo seguían por las calles, esperando alguna escama brillante que Ángel, siempre amable, les regalaba.

Las mañanas en las que el río estaba en calma eran las mejores para Ángel. Se sentaba en la proa de la barca, disfrutando del suave murmullo del agua, mientras lanzaba su caña con paciencia. A menudo, cantaba canciones viejas que había aprendido de su padre. El día despertaba lentamente, y las aves comenzaban a piar, creando una melodía matutina.

Una mañana, después de una tormenta fuerte durante la noche, el cielo se presentó despejado, y Ángel decidió salir a pescar. La luz del sol brillaba sobre las aguas, y el aire fresco traía aromas de hierba y tierra mojada. "Hoy será un buen día", pensó mientras llenaba su bote de cañas y redes. Trueno saltaba emocionado, preparado para otra jornada.

Ese día, mientras pescaba cerca de un pequeño islote en medio del río Duero, muy cerca del "Pozo el Cubo" de Abelón y del entorno de las famosas "Cascadas", Ángel notó algo extraño en el agua. Un grupo de peces grandes y brillantes nadaba alegremente. Ángel, emocionado por la vista, lanzó su caña con fuerza, pero sus manos temblaban de la emoción. De repente, un movimiento brusco hizo que la barca se tambaleara peligrosamente. Ángel, como la mayoría de la gente de la zona, nunca había aprendido a nadar; sintió cómo la barca se desestabilizaba.

Justo cuando estaba a punto de recuperar el equilibrio, un gran salto de una enorme carpa hizo que la barca se inclinara aún más. Con un chasquido, la embarcación se hundió en el agua. Ángel cayó al río; el frío le recorrió el cuerpo aturdido por la sorpresa. Intentó gritar, pero el agua llenó su boca y sus ojos se llenaron de pánico. Su corazón latía con fuerza mientras trataba de mantenerse a flote. El frío lo envolvió y su cuerpo empezó a hundirse. Recordó las enseñanzas de su madre y de un viejo amigo pescador que le había advertido sobre el peligro.

A medida que el agua lo abrazaba, comenzó a luchar por subir a la superficie. Con cada intento, el pánico crecía dentro de él. Pero en lugar de rendirse, pensó en Trueno, su mejor amigo que lo esperaba en la orilla. Con un último empujón, recordó algo que su padre le había dicho: "Flota y relájate. Deja que el agua te lleve". Pero todos sus esfuerzos por no hundirse eran en vano.

Trueno, al ver a su amo caer al agua, ladró desesperadamente. Corrió de un lado a otro de la orilla, buscando una forma de ayudarlo. Era un perro vijejo, pero el amor por Ángel le daba fuerzas. Se

lanzó al agua, nadando con todas sus energías hacia la barca que se alejaba.

En ese mismo momento, en la orilla del río, dos niños de Abelón, Francisco y María, estaban jugando a buscar piedras con forma de un antiguo molino que hay en la zona. De repente, escucharon un gran chapoteo y miraron hacia el agua. Al ver que la barca de Ángel se hundía, corrieron de inmediato a avisar a los adultos del pueblo.

Mientras tanto, Ángel luchaba por mantenerse a flote. Los peces que antes le parecían hermosos ahora eran parte de su pesadilla. Recordó las advertencias de su madre sobre la importancia de saber nadar, un pensamiento aterrador que lo llenaba de desesperación. Miró hacia la orilla, pero no podía ver a nadie que le ayudara.

Francisco y María llegaron corriendo hacia los cortinos donde trabajaban los labradores del pueblo. Con lágrimas en los ojos, le dijeron a don Antonio, el más sabio de Abelón, lo que había pasado. Don Antonio reunió a varios hombres del pueblo, y salieron corriendo en su ayuda.

"¡Rápido, tenemos que ayudar a Ángel!", gritó don Antonio. Todos corrieron hacia el río, gritando el nombre de Ángel. Otros vecinos se unieron a la búsqueda, pero la corriente era demasiado fuerte y el río demasiado ancho.

Después de horas de búsqueda desesperada, encontraron el cuerpo de Ángel a la orilla, enredado entre unas ramas.

El pueblo entero lloró la muerte de Ángel. Era un hombre bueno, una persona querida, un pescadero honesto. Su muerte dejó un vacío enorme en Abelón.

El funeral fue un acto de recogimiento y dolor. Todos querían darle el último adiós al *Pecero* del Duero. Don Antonio pronunció unas palabras de consuelo, recordando la bondad y la generosidad de Ángel. Francisco y María, con los ojos llenos de lágrimas, colocaron una corona de flores en su tumba. Trueno, fiel hasta el final, permanecía a los pies de la tumba de su amo, con la mirada triste y el corazón roto.

"La Esperanza" fue encontrada días después, encallada en un pedregal cercano. El pueblo decidió conservarla como un símbolo del trabajo y la dedicación de Ángel. Desde entonces, cada año, en el aniversario de su muerte, los habitantes de Abelón lanzan flores al Duero en memoria de Ángel, el *Pecero* que amaba el río y que, al final, fue abrazado por sus aguas.

VOLVER A COMENZAR JUNTO AL DUERO

Marta Leal



Los Arribes, desembocadura del río Esla en el Duero. *Fotogr.: MSF.*

Habían pasado muchos años, tantos, que le costaba recordar cuándo fue la última vez que había estado contemplando la confluencia de los ríos Duero y Esla, desde ese mirador al que todos tenían por místico y remanso de paz. Pero allí estaba Ana, y para ella todo seguía siendo dolor, un inmenso dolor el cual tenía metido en el alma. Seguía sin poder encajar las piezas de ese secreto que había truncado su vida para siempre. El suicidio de su madre tirándose a uno de esos ríos cuando ella era una niña había forjado su personalidad y grabado en su corazón una cicatriz que se había convertido en tatuaje permanente. Así era Ana, una persona con un carácter introvertido, melancólico, apático.

Su padre nunca quiso hablar de ese suceso y ella apenas tiene recuerdos de ese día. En aquellos tiempos, y posiblemente también ahora, el haber cometido un acto que todos consideraban cobarde era pecado. Mirando muchos años después esas aguas, ella pensó que su madre había sido una valiente. No es fácil encontrar el arrojo para lanzarse de cabeza a ese río dejando atrás a lo que más quieres. No es fácil huir, aunque sea cometiendo un acto tan incomprensible, del dolor que te acompaña día a día.

Su infancia la pasó en ese pequeño pueblo, bajo la influencia autoritaria de un padre que volcaba su frustración en ella, porque no supo canalizar el sufrimiento que le produjo la pérdida de su mujer de esa forma tan inesperada y de alguna manera transmitió ese rencor a su hija. Ana se parecía mucho a su madre, tenía una belleza poco usual, pero era tímida y reservada al igual que ella, con un cierto halo de tristeza que nunca se disipaba.

Cuando Ana cumplió 19 años, se enamoró de un señor bastante mayor que ella. Santiago era un hombre de negocios que se había detenido en el bar del pueblo, en uno de sus numerosos viajes, a tomar un café. A ella la vislumbró cuando abandonaba el mismo, en la salida del pueblo. Esa tarde Ana se encontraba bordando sentada en una pequeña silla de madera, a la entrada del corral de su casa. Su belleza atrajo a ese adinerado caballero, que no dudó en bajar de su vehículo y empezar un cortejo, más por capricho que por amor. Estaba acostumbrado a conseguir todo lo que se proponía, tanto en el terreno profesional como en el sentimental.

Un año después, con el consentimiento del padre, se celebró una gran boda y Ana se fue a

vivir con su marido a Barcelona. Allí tuvo una vida de engaños y mentiras, pero lejos de su tierra, del control férreo de su padre y de ese pueblo que nunca supo entenderla, que susurraba cuando ella pasaba y que hacía aún más grande la tristeza metida en la piel por la pérdida de una madre, sin saber el motivo y sin poder llegar nunca a entenderlo.

Su matrimonio tal vez no fue solo por amor, sino que fue su propio camino de huida. El camino que creía que la llevaría a encontrar una vida mejor y empezar a recuperar una sonrisa que nunca tuvo. Sin embargo, nunca más lejos de la realidad. Su vida en Barcelona era una vida de lujos y comodidades, pero Santiago enseguida se desencaprichó de ella. Sus negocios y múltiples amoríos ocupaban todo su tiempo, llegando muy tarde a casa, el día que venía, ya que muchas noches ponía como excusa su ajetreada agenda para terminar en alguna habitación de algún hotel de la ciudad.

Ana tenía todo el tiempo del mundo, ya que, aunque deseaba ser madre y volcar ese cariño que sabía que tenía dentro en un pequeño ser, ese bebé anhelado nunca llegó. A Santiago no pareció importarle. Estaba muy ocupado entre sus negocios y los entretenimientos varios con diversas amantes, y aún más cuando empezó a poner sus ojos en su nueva secretaria. A los pocos meses comenzó una relación sentimental con ella, que iba más allá de la pasión desenfadada a la que daban rienda suelta en el despacho.

Y sin esperarlo, llegó la petición de divorcio. Esos años de matrimonio habían sido para ella como vivir en una jaula de oro. Con todo tipo de comodidades, sin tener que preocuparse de nada, pero sin haber conseguido su sueño de ser madre, sin haber creado amistades, sin salir prácticamente de esa gran mansión que era como una cárcel de condena perpetua y sin haber logrado que su marido sintiera por ella nada más que fascinación. Un objeto bello que quería poseer, pero al que no tenía que prestarle mucha atención, porque Ana, debido a su carácter reservado, nunca le exigió que él estuviera pendiente de ella, que la sacara de cena, que la llevara a algún viaje, ni que la acompañara a ninguna actividad. Su vida pasaba como pasan las cosas que no tienen mucho sentido. Sin dejar huella ni recuerdos.

Había sido tan ingenua, que ni siquiera había sido previsora y había firmado la separación de bienes al contraer matrimonio. Por todo ello, su separación la había dejado en una posición complicada, y tuvo que coger el mismo camino de vuelta al pueblo, ese que había hecho años antes, y en su maleta



Fotogr.: MSF.

llevaba el mismo equipaje que en ese camino que emprendió de ida: tristeza, demasiada tristeza.

Su padre había fallecido, fruto de un infarto fulminante tres años antes, y ella, su única heredera, había recibido la casa familiar, unos cuantos cortinos, la huerta y unos escasos ahorros. Cuando Ana estaba casada con Santiago, no necesitaba esos bienes. Por eso, ni siquiera había asistido al funeral de su padre, ni había reclamado lo que era suyo. Pero cuando se encontró sin marido, sin hogar y sin ganas de seguir en una vida marcada por la soledad y la melancolía, decidió regresar a ese territorio salpicado de piedras y encinas. Decidió retornar a las raíces, buscando su esencia. Esa que nunca había encontrado.

Y allí, frente a esos dos ríos, percibiendo la influencia que los mismos tenían en el entorno y en sus gentes, escuchando el vaivén de aquellas aguas que habían llamado a su madre para que ahogara sus penas en ellas, fijando su vista en la profundidad que ofrecían los dos torrentes a su paso aparentemente calmado, posiblemente Ana tuvo el mismo pensamiento, que era el fin.

Y después de llorar, de llorar mucho, tuvo una visión. Era como si su madre le hubiera susurrado unos consejos y le hubiera hecho llegar la idea de dedicarse a labores de costura y bordado. Trabajo que había aprendido con ella cuando era niña, ya que su madre era una de las mejores costureras de la zona.

Entre el eco de ese paraje, entre ríos, peñas y encinas, parecía resonar la voz baja pero serena de su madre que le decía:

“Volver a volver. No solo volver al origen, a las raíces, a descubrir de dónde son tus antepasados. Es volver a creer en ti, volver a construirte, volver a ser, volver a crecer como persona. Porque todo en esta vida se puede lograr siempre que lo sueñes”.

EL CRIMEN DE LA DEHESA DE LA ALBAÑEZA

Nieves Miguel

La tarde anterior habíamos estado arreglando las sepulturas; salió un poco el sol después de tres días de niebla y lo aprovechamos, porque quedaban pocos días para el Día de los Santos. Mientras mamá quitaba los abrojos y las hierbas, yo iba haciendo las cruces con unos *canticos* del camino, los más *redondicos* que encontraba. Me enseñó María Blanco, que siempre me llevaba con ella a hacer las sepulturas de la familia. Hicimos cinco ramos pequeños de crisantemos. Este año se dieron poco y la mayoría estaban sin flor. Entonces no se compraban, ni había dónde. Tampoco el cordón de san Francisco valía para mucho ese año; es una planta de color morado. Mamá siempre la cultivó en el huerto de casa; la trajeron de *Fuenteuncalvo* su madre Martina y su tía Paula; desde entonces todos los años brotaba sola, no se perdía.

—Nada más entrar en el cementerio, a la izquierda, están las tumbas de los niños; los dos primeros son los míos. En la derecha también hay niños más *grandicos* —decía mamá.

—¿Y en la esquina de ese rincón cuadrado, a quién entierran ahí? —le pregunté.

—Ahí se enterraba a los que no iban a misa. —Que yo sepa, en ese *esquino* solo está enterrado el Olegario, uno de *pa* la dehesa —me contestó.

Sobre esta conversación de cuando yo tenía trece años está basado el relato que sigue...

Antiguamente, las historias o coplas de los ciegos se contaban o cantaban oralmente, con una pompa y elocuencia que pretendía captar la atención del que escuchaba; esta comienza así:

Señoras y señores: En la dehesa de La Albañeza, por el año 41, acontece este relato, en unos años de duros y cansados trabajos. La cuadrilla de leñadores desde Moraleja de Sayago ha llegado; alguno también es del pueblo de Peñausende; es el caso de Olegario. Hombres curtidos y recios, con sus familias desplazadas para ganarse el *bocao*. Unos cortan leña de las viejas encinas, otros olivan y desmochan las jóvenes para que crezcan derechas; las ramas más pequeñas las apilan los muchachos. El cisco lo hacen los carboneros, finalizando el trabajo.

Los jornaleros del pueblo de Abelón, como no tienen tierras propias, también trabajaban para el dueño de la



dehesa y ese es el caso de Manuel. Allí trabajan los hombres de pastores, cabreros, porqueros, arando... Las mujeres trabajan en los oficios propios de su sexo, lavando la ropa en el regato y por el verano en la charca, cultivando los huertos y recogiendo sus frutos. Las más espabiladas sirven en la casa de los señores de cocineras, criadas, amas de llaves... Marchan del pueblo antes de la salida del sol por el camino Zamora para allá y vuelven con la puesta. Van a pie, en burro o en carro el que tiene uno. Ese camino siempre anda lleno de gente yendo y viniendo. A la vuelta hacen un alto en el camino para, al son de la chifla, el tamboril, la pandereta o el lato, si no hay otra cosa, echar unos bailes. Y así, entre risas y algarabías, descansan de las fatigas del día.

A Manuel le gustan sus nuevos compañeros, sobre todo Olegario, apuesto y bien plantado; le ha llamado por su nombre y se le ha presentado.

—¡Manuel! Me dice el señor Pepe que venga a trabajar con usted, que necesita ayuda para arrancar la vieja encina, esa que quemó el rayo. Soy Olegario para servirle a Dios y a usted.

Manuel le mira desde lo alto de la escalera de madera, en la que está subido acabando de serrar la rama que no acabó de quemar el rayo.

—“De cerca es más guapo el *condenao*” —piensa Manuel. —Muy bien, cuando termine aquí me ayudarás con el serrucho —le dice, mientras calibra los años que puede tener el muchacho.

La rama acabada de serrar cae al suelo, Manuel baja de la escalera y estrecha con fuerza la mano de Olegario; se da cuenta de que tiene más años de los que aparenta.

—Bueno, vamos a ver cómo se te da el serrucho —bromea Manuel sonriendo.

Cogen el serrucho, de casi dos metros y dientes afilados, uno por cada lado, y se disponen a serrar la encina a medio metro por arriba del suelo. Manuel comprueba que el joven es bueno en su trabajo; en un periquete tiran la encina.

Ya solo queda arrancar el tocón; para ello coge la marra y coloca unas cuñas clavadas en el tronco; alrededor ata una sogá haciendo palanca en las cuñas.

—Olegario, ve donde Pepe y tráete la pareja de mulas que esto ya está listo —le manda Manuel.

Mientras espera por los animales, se sienta en el tocón, saca de la pitillera un pellizco de tabaco de cuarterón y se lo mete en la boca mascándolo, pues no tienen permitido fumar mientras trabajan y Pepe está a punto de llegar.

Manuel levanta la cabeza: por el sendero llega la Josefa. Sabe que se hace la encontradiza todos los días, pero él aún no tiene claro lo que quiere.

—Buenos días, Manuel, ¿descansando? —le pregunta ella mirándole a los ojos.

—Solo un respiro mientras espero por la pareja de mulas. Y tú, ya vuelves de lavar la ropa de los señores. —Ya has madrugado, ya —le contesta él.

Poco más se dicen todos los días; ella sabe que tendrá que atreverse a ir más lejos si quiere que se fije en ella, pero le frena recordar la frase diaria de su madre: “*El hombre para esposa quiere una mujer decorosa*”.

Olegario se acerca junto a Pepe y las mulas del ramal; este increpa a Josefa llamándola vaga para que se marche; solo de verla junto a Manuel se lo llevan los demonios.

Pepe se enamoró de Josefa el primer día que ella llegó a la casa grande, pero ni sabe ni se atreve a decirle nada por miedo a ser rechazado. Se conforma con mirarla desde lejos e intuye que a ella

le gusta Manuel. Por eso él lo manda a trabajar bien lejos de la casa, pero ella le busca la vuelta al camino al volver de la faena para verlo.

—Pepe, no deberías tratarla así, es una muchacha muy trabajadora, no eres justo con ella.

—Nadie te dio vela en este entierro, Manuel, ahí os quedan las mulas. Acaba el trabajo, que para eso se te paga, y tú, chaval, ya sabes dónde tienes que dejarlas luego —dice mirando a Olegario.

Entre los dos atan la sogá al yugo de las mulas y con la tralla en la mano, Manuel arrea a la pareja, mientras el joven las sujeta del ramal. De dos tirones las raíces de la encina quedan al aire; luego, con la marra y las cuñas, las hacen astillas.

Con el trabajo hecho, Manuel saca la pitillera y se dispone a liar un cigarrillo que ofrece a Olegario en la primera calada, mientras recoge todas las herramientas para marchar a comer.

—Manuel, ¿podrías comprarme tabaco en tu pueblo? Me ha dicho Pepe que Abelón tiene tienda y cantina.

—También buenas mozas, aunque a mí no me interesan, ya te lo digo. Esta noche se lo compro a Conrado; tenemos una cena de conejo que nos guisa su mujer Teresa; ayer cogimos dos ahí al camino Zamora.

El tabaco y Josefa fueron los detonantes de esta historia. Durante un tiempo, Manuel le compraba el tabaco a Olegario y para ello le daba las perras. Trabajaban juntos todos los días y los dos bromeaban sobre las visitas de Josefa y el mal humor que se le ponía a Pepe.

Una mañana, cuando Manuel llegó al tajo, se encontró un gran revuelo alrededor del chozo donde dormía Olegario. Se abrió paso entre el gentío y allí, apoyado contra el chozo, en una postura macabra, estaba su compañero con un machado, **su machao**, clavado en la cabeza.

Miró a su alrededor buscando respuestas, pero ninguno sabía, nadie oyó nada durante la noche y, por lo frío del cuerpo, llevaba allí unas cuantas horas. Se acercó al cadáver e intentó cerrarle los ojos mientras murmuraba su mala suerte.

—No toques nada, los guardias ya están avisados. Ha sido con **tu machao** —recalcó Pepe.

Manuel pagó cárcel hasta que se demostró su inocencia. ¡Han *matao* al Olegario! Recordaba a mamá siendo niña.

ABELÓN, EL PUEBLO DE EUSEBIO

Ana Pose



Abelón. *Fotogr.: MSF.*

El magnífico mirador de São João das Arribas era el lugar preferido por el joven Duarte para escapar de la monotonía, esa apisonadora que iba machacando los días en Aldeia Nova. Allí se encontraba aquella tarde, sentado sobre una vertiginosa pared, cuya verticalidad hacía imposible descender al Duero. Y es que aquel río llegaba a estas tierras poderoso, sabiéndose frontera. Fantaseaba aquel joven con la vida fuera de la aldea. Recordó entonces a su abuelo; él siempre le habló de su amigo, Eusebio se llamaba. Tal y como se decía en su familia, era de “Las Españas”, zamorano por más señas y, concretamente, de Abelón. Contaba su abuelo que Eusebio era carretero. Hasta llevaba estudiantes de Portugal a Salamanca. Un oficio que aprendió en el salmantino pueblo de Cepeda, de donde era su mujer. Cuando Eusebio se casó con Adela, en vez de dedicarse solo a una viña heredada y al modesto huerto, a las afueras de su pueblo, quiso probar fortuna con el negocio del transporte de mercancías y personas. Por un momento, Duarte consideró que Eusebio, del que su abuelo siempre decía que sabía de números, pero nada más, ni leer ni escribir, lo había podido aprender de pequeño. Aquel hombre se le antojaba un auténtico valiente. Entonces se preguntó si él sería capaz de abandonar la seguridad de su aldea e incluso de cruzar la frontera y ganarse la vida.

Y dicho y hecho. Regresó a su casa; lo hizo con un talante entusiasta. Tras la cena, les dijo a sus pa-

dres y hermanos que quería visitar Abelón. Quería ser él quien le dijera a Eusebio que meses atrás su abuelo había fallecido. A la familia le pareció bien y fue Paulo, el padre de Duarte, quien le dio las recomendaciones que debía seguir su hijo en “Las Españas”: Indudablemente, lo mejor era pasar la frontera por la aduana de Torregamones; allí, en aquel pueblo, hacía años vivía uno de la aldea que se casó con una sayaguesa. Después, sería ese paisano quien le indicaría cómo llegar hasta Abelón.

Aquella noche, Duarte soñó con el viaje; en aquel sueño le acompañaba su abuelo. Juntos recorrieron un sendero que los llevó hasta una hermosa cascada. Al llegar, encontraron un cabrero; andaba preparando un caldero para comer y les invitó a compartir el almuerzo. Mientras compartían la comida y echaban unos tragos de una bota de vino que el abuelo llevaba, Duarte supo que ese río que veían no era el Duero, era el Esla. Después de la comida y junto con el cabrerizo, subieron al paraje de san Vicente. Allí, frente al inmenso Duero, el joven, señalando la otra orilla, aseveró:

—Portugal. —La mirada del cabrero no dejaba dudas; el joven se había equivocado de plano.

—Esa orilla es Aliste. El Duero, antes de ser frontera, solo pasa por tierras castellanas. —Esto lo afirmaba el guardacabras a la vez que dejaba

caer algo de picadura de tabaco sobre la palma de su mano. Luego, cerrando el puño, pero no del todo, fue formando una filigrana de tabaco, fina y alargada, sobre un papel de fumar que sujetaba en la otra mano. Con la mirada puesta en el horizonte, fue liando aquel cigarrillo. Una vez terminado y viendo que el joven Duarte no le quitaba la vista de encima, se lo ofreció. El chaval miró al abuelo y este le hizo un gesto cómplice; a la vez sacó su mechero de yesca y en nada se hizo la chispa que prendió la mecha.

—Ahora, para prenderlo, tienes que poner de tu parte; debes absorber hacia dentro. Pero luego suelta el humo. ¡Que te ahogas! —Aquella primera calada atravesó el pecho de Duarte; el joven sintió que allí, en “Las Españas”, terminaba su vida viajera.

Al mismo tiempo llegaba Eusebio a san Vicente. En un principio, fue un momento de confusión; el abuelo daba palmadas en la espalda al chaval, como si estuviera vareando la lana de un colchón; a la vez, extendía una mano para saludar a su querido amigo Eusebio.

—El que faltaba —afirmó el cabrero—. Ya te habrán dicho que andaban por aquí los forasteros. Porque tú eres de los que no te acercas a las iglesias, ni aun siendo ruinas. Venga, vamos a entonar un poco, que no diga tu amigo que aquí no celebramos la visita. —El cabrero sacó de su zurrón una flauta de tres agujeros y junto con Eusebio arrancaron a cantar. Hubo una estrofa que recordó el abuelo y hasta se animó a cantarla:

“¡Ay! Guindilla, guindilla, guindilla, que ya no te quiere la de la toquilla. Albardero, albardero, albardero, que ya no te quiere la hija del herrero...”.

Duarte nunca había visto a su abuelo cantar, bueno, ni tan contento y parlanchín. Cierto es que al poco de nacer él, su abuela falleció. En la familia siempre se dijo que en la tumba de la abuela no solo se la enterró a ella, sino también la alegría del abuelo.

De pronto, alguien golpeaba la espalda del joven; él no entendía nada. Ya no estaba fumando, bueno, y dudaba si volvería a hacerlo; se había visto muerto hacía un rato. Los palmetazos se hicieron más intensos. Le pareció que reconocía una voz. Pero no, aquellos tres hombres seguían cantando. ¿Quién le golpeaba?

—¡Duarte, Duarte... despierta! —Fue entonces cuando, al abrir los ojos, entendió que había estado soñando. Estaba en la cama, junto a sus dos hermanos más chicos. Era su padre quien le estaba despertando.

Mientras desayunaba leche y un mendrugo de pan migado, contó a su padre el sueño que había tenido. Siguieron hablando de camino a las huertas y entonces su padre le contó que él sí había visitado Abelón; lo hizo con su padre. Se habían alojado en casa de Eusebio.

—El día que llegamos, ya casi anochecido, aunque era viernes, en aquel pueblo nadie dormía. Encontramos a todos los vecinos en la plaza; había música y baile. Tu abuelo tardó en encontrarse con su amigo. Algo normal; allí debía estar media comarca de Sayago. Luego, Eusebio nos contó que al día siguiente se iba a celebrar una boda y que en Abelón era normal hacer una fiesta la noche anterior. ¡Hasta hubo fuegos artificiales! ¿Te lo puedes creer? Bien se veía que aquel pueblo era más importante que otros que recorrimos por “Las Españas”. El sábado, junto con Eusebio y el resto de vecinos, acompañamos al novio a casa de la novia. Allí, los novios se arrodillaron ante los padres de ella y ya con la bendición casera, todos a la iglesia, pero además con música de dulzaina y tamboril. ¡Una auténtica fiesta! Después de misa y antes de comer, pero bien comer, se ofrecieron pastas y a los mayores, licor. También se jugó a pelota. Sería para hacer ganas de comer, porque habían asado una ternera entera. El abuelo solo repetía: “Esto sí son bodas”. Pero, hijo, que el domingo, vuelta a las calles. De bien temprano, Eusebio engalanó el carro; le ayudó el abuelo. Es costumbre en Abelón que el domingo novios y padres se paseen en carro por todo el pueblo. Y el carro de Eusebio era el mejor de todo Sayago. Mientras terminaba el paseo, algunos vecinos esperaban en los bares. Hacían tiempo hasta la hora del segundo banquete. Que en Abelón se hace boda y tornaboda...

—Padre, entonces Abelón es un pueblo rico. Como una capital.

—No, hijo, es, o al menos yo lo recuerdo, pequeño. Bueno, más grande que la aldea sí es. Venga, y ahora a trabajar.

Al cabo de unas semanas, cuando Duarte visitó Abelón, quedó prendado de todo aquello que ya conocía por boca de su padre y abuelo. En los primeros días recorrió los caminos con un nieto de Eusebio; en aquellos senderos descubrió jobras de arte! Eran los cortinos y las cortinas sayaguesas. De vuelta a casa de Eusebio, volvió a encontrarse con una joven, la más hermosa de Abelón. Ella, aquella tarde, sí le mantuvo la mirada. Duarte supo entonces que viviría siempre en Abelón. Allí se casaría, pero su noche de boda sí la celebraría antes de la tornaboda.

UN VERANO INOLVIDABLE

Miren Salmerón

—¡Hombre, Bob! ¡Pero qué sorpresa encontrarte por mis tierras catalanas! —vociferó Miquel, mientras daba una sonada palmada en la espalda de su antiguo amigo, quien estaba a punto de cruzar la calle.

—Hola, Cata, cuánto tiempo... —consiguió articular Roberto antes de girarse y enfrentarse a la imagen actualizada del último hombre en el mundo con el cual quería cruzarse en la Ciudad Condal. Se dibujó frente a sus ojos un personaje con bastante calvicie y una incipiente barriga, embotado en un traje de ejecutivo una talla menos de lo que le correspondería. Seguía presente aquella actitud entrometida y ese molesto golpecito que le hacía en el pecho cuando se dirigía a él, pensó.

—Amigo, estás hecho todo un figurín. El haberte convertido en un famoso escritor ayuda, ¿no? Pero cuéntame, pues hace más de treinta años que desapareciste sin dejar rastro alguno —dijo Miquel junto con un par de golpecitos que salpicaban la camisa blanca de Roberto.

—Bueno, Cata, el último verano que pasamos en el pueblo no lo recuerdo precisamente como el más glorioso de mi vida —respondió este a medida que se le iba haciendo cada vez más asfixiante el aliento que le llegaba junto con las dolorosas memorias que retornaban a su mente.

—Pero, amigo, ¿no seguirás cabreado por aquella tontería que cometimos Mar y yo bajo los efectos de aquella borrachera? —El timbre de voz de Miquel sonaba ahora menos estridente y menos animado. Su rostro comenzaba a inundarse de sudor. Los toquecitos repetidos por parte de su mano cesaron de repente.

Se hizo un largo silencio entre ambos. Un silencio que duró lo suficiente para que el semáforo de peatones se tornara verde.

—Cata, hay lugares a los que no quiero volver. —Roberto siguió sus pasos sintiéndose ahora más ligero de equipaje.

Pero los recuerdos sí querían volver. De hecho, a cada paso que daba, una escena del pasado irrumpía en su mente a modo de diapositiva: las encinas, la estampa de bienvenida que otorgaba aquel ancianito echando la siesta en el pórtico de la antigua escuela



Molino El Pilo. Fotogr.: MSF.

de los niños, las majestuosas rocas graníticas que de niño le parecían depositadas por unos gigantes imaginarios, jugando con Mar y Cata siendo unos niños sobre aquellos bolos enormes de piedra. Mar nunca llegó a saber de sus sentimientos y aquel verano captuló toda posibilidad, si es que la hubiera. Intentó centrar su mente en la presentación de su nuevo libro, que era el motivo de su viaje a Barcelona y hacia donde dirigía sus pasos, pero fue en vano.

Aquel último verano que pasó en Abelón, del que era originario su padre, antes de emigrar a Vitoria por motivos laborales, parecía adueñarse ahora de sus pensamientos. Cada verano volvían a la casa familiar del padre, ubicada en la comarca zamorana de Sayago. Esto sucedía también con Mar y Miquel, que eran los que conformaban su núcleo de amistades. Ella era de Salamanca y Miquel de Barcelona. Con Mar le unía su pasión por la lectura y la poesía y con Miquel, el Cata, no conseguía rescatar lo que les unía.

Intentaba avanzar por aquella marea humana y el ritmo frenético que imponía la ciudad. Era algo a lo que no terminaba de acostumbrarse aun con las décadas que llevaba viviendo en Madrid. La polución se hacía sentir, y en este caso la alta hume-

dad también. Paró delante de un escaparate de ropa masculina huyendo de la corriente vertiginosa que lo arrastraba, para tomar un poco de aliento. Veía su silueta, hace bien poco denominada 'figurín', y pensó que no llevaba tan mal el haber entrado en la cincuentena. Estaba teniendo éxito en su vida profesional y hoy le esperaba un gran acontecimiento con la presentación de su último libro. El pecho le oprimía y los recuerdos no cesaban de llegar. Esta vez, la instantánea era la de su última noche en Abelón junto con Mar y Cata.

—¿Qué os han parecido los músicos de hoy? —preguntó Mar a sus dos acompañantes. —A mí, me han gustado más que los de ayer, que eran un poco más clásicos. Estos han ambientado bien la noche.

—Mira lo bien ambientados que vamos y yo portando una botella de anís para seguir entonándonos —contestó Roberto, intentando seguir la pista que los llevaba al Pilo de una manera digna. Pero los pies se le cruzaban a cada paso, dando trompicones por doquier.

—A mí no me han gustado ninguno de los dos. Me han parecido de lo más pachangueros. Prefiero la música que tocan en mi tierra —añadió Cata. Él no iba mejor que su amigo o que Mar. Tenían la costumbre de terminar la noche tumbados, observando el mar de estrellas que les deparaban aquellas tierras sin la presencia de la contaminación lumínica de sus respectivas ciudades natales. Esas noches de confesiones y de silencios eran amenizadas por el sonido natural de los bichillos nocturnos de fondo.

—Al final, ¿dónde vas a estudiar periodismo? —La pregunta pilló de sorpresa a Roberto y no pudo salvar el tropezón que lo llevó directamente al suelo ante las carcajadas de sus dos amigos. —¿Te has hecho daño? —le preguntó Mar mientras se arrodillaba junto a él.

—No, no. Estoy perfectamente —y de un salto se irguió intentando en vano ocultar su estado de embriaguez.

—Ja, ja, ja. No cuela, Roberto. Estás tan borracho como una cuba. Pero lo cierto es que no sé quién de los tres se salvaría en un control de alcoholemia en estos momentos —dijo Cata, acompañando su gracia con unos golpecitos en el pecho de Roberto. Y los tres se echaron a reír.

Llegaron al Pilo y Cata sacó los tres vasos de chupito de uno de los bolsillos de la chaqueta. Tenían mucho que celebrar. Habían superado la selectividad y estaban disfrutando de un verano tranquilo y restaurativo antes de comenzar sus estudios universitarios. La noche era cálida y, aunque la luna no llegaba a ser llena, la luz que desprendía creaba hermosas siluetas. Las encinas modelaban

unas figuras fantasmagóricas que los contemplaban desde las cortinas. No era el hábitat natural de ninguno de los tres, pero se les hacía familiar aquel entorno con las visitas de cada verano.

—¡Un brindis por la más hermosa de las futuras filólogas salmantinas! —exclamó Miquel alzando el chupito. Mar se sonrojó, pero ninguno de sus dos amigos lo llegó a percibir. La luz de la noche tiene ese poder mágico.

—Otro brindis por el futuro ingeniero catalán y por el futuro periodista —consiguió pronunciar Mar a duras penas. Al intentar hablar, la lengua se movía con torpeza y se le trababa con frecuencia. El anís no le sentaba bien. Pensó que no tenía que haber terminado la noche con esas dosis de más. En algunos momentos sentía que la visión de las estrellas y la hermosa estampa nocturna del paraje se le nublaban y hasta llegaba a perderla de vista.

De repente, Roberto se levantó agitadamente y desapareció detrás del molino. Tuvo una llamada urgente de evacuar los fluidos corporales de forma vertiginosa. No sabe exactamente si perdió el conocimiento o no, porque al volver sus dos amigos habían desaparecido. No entendía nada de lo sucedido. Miró la hora a la luz tenue de la luna y constató que eran las cuatro de la madrugada. Sin duda, debía de haber perdido la consciencia, pero lo que más le dolía era haber perdido la confianza en Mar.

Enderezó su cuerpo, y aunque no llegaba a ser recta la línea que trazaba su caminar, no llegaba a dibujar grandes garabatos sobre la carretera. Todo ello no aligeraba el pesar que sentía en su corazón ante el abandono de sus queridos amigos de la infancia. A cada paso que daba rumbo a la casa de su padre, iba perfilando su huida el próximo día. En su solitario retorno, acompañado por esos fantasmas que parecían hacerle muecas y gestos con sus brazos de madera, decidió partir de vuelta a Vitoria en el primer autobús de la mañana. La luna también fue testigo de otra decisión que marcaría definitivamente su futuro: cambiaba la Universidad de Salamanca por la de Madrid. Mar intentó en vano establecer contacto con él y darle explicaciones sobre lo sucedido, pero él la había rechazado rotundamente. No quiso saber los motivos que la llevaron a abandonarlo de aquella manera tan ruin.

Roberto volvió de golpe a la actualidad al sentir el impacto de un niño sobre su triciclo contra su pierna. Ante la disculpa de la madre, respondió con una sonrisa y puso rumbo a la presentación de su libro. Tardó cinco minutos en llegar y, antes de abrir la puerta que le llevaría al encuentro con su agente, el editor y la prensa, respiró hondo, pensando para sus adentros: "He de volver en los próximos meses a Abelón y hacer las paces, al menos, con ese hermoso lugar".

LA FUERZA DEL DESTINO

Manolo Salmerón

Abelón, noviembre de 1880.

Corren los últimos días del mes de noviembre; una densa niebla cubre Abelón, la humedad se deja sentir, provocando en Clara un estado de rechazo a tan adverso día. Se aproxima el invierno y se perciben al respirar las partículas de agua que flotan en el aire. Avanza con decisión hacia el establo; tiene que ordeñar las vacas. Una vez en ello, mientras sus dedos pulsan la ubre de la vaca y el chorro de la leche va llenando el recipiente, siente agradecida el calor que emanan los animales y, de forma inconsciente, se deja llevar por los recuerdos. Tiene veinte años y es la mayor de ocho hermanos; desde pequeña, ha tenido que ocuparse de ellos. Sus padres deben alimentar numerosas bocas; las pocas tierras que poseen dan lo justo. Esta falta de recursos la compensan con los ingresos que les proporciona Eleuterio, al que le trabajaban las tierras. La dependencia económica de sus padres la obligó, a partir de los doce años, a acudir a casa de Eleuterio para asistir a su esposa. Tiene una incapacidad que le impide andar. El carácter abierto de Clara se ha ganado, poco a poco, el cariño de María. Esta valora sus cuidados. Cree encontrar en ella las atenciones de la hija que nunca tuvo. La vida solo le ha concedido dos hijos: Fernando y Daniel.

Fernando tiene ocho años más que Clara, y Daniel cuatro. Ambos son diferentes; el mayor es retraído y silencioso y el menor es vida y espontaneidad. María constata la atención que les prestan sus hijos a Clara, de la que se siente ajena. Es evidente, se dice María, no es del todo consciente de lo hermosa que es. Clara, en lo que se refiere a sus hijos, nunca hace la menor alusión. Sus emociones las guarda en su interior.

Abelón, abril de 1894.

El día se presenta radiante; desde las primeras horas el sol brilla con intensidad y la naturaleza, como ha llovido con frecuencia estos últimos días, muestra una infinita gama de verdes. Fernando otea la mañana mientras saca de la cuadra la cabalgadura que le llevará a Bermillo. Tiene temas que resolver. Clara, su esposa, desde el umbral de la puerta le ve partir. Una vez más, el silencio de Fernando ha evitado que pudieran compartir los temas que le llevan a Bermillo. A la vuelta, si algo la concierne, se lo comunicará. Forma parte de la rutina diaria.



Con rapidez, centra su mente en otros menesteres; tiene numerosas tareas que atender.

Está cayendo la tarde y con ella el regreso de Fernando. Al llegar, Clara aprecia en él cierta inquietud; algo le preocupa. Ha pasado por la taberna y un par de vasos de vino anidan en su cuerpo. Prepara la cena silenciosamente y la sirve. Fernando, antes de comenzar, saca una carta de su bolsillo y mostrándola, dice: «Daniel estará con nosotros varios meses; su cuadrilla de canteros realizará las obras de la iglesia». La noticia paraliza a Clara y, balbuceando, su voz articula «No es posible». Con rapidez su mente visualiza la imagen de Daniel. La pasión que siente por él desde muy niña la ha acompañado de por vida; ha sido el motivo por el que tercamente ha rechazado a múltiples pretendientes, anidando en su interior la esperanza de su vuelta. Su matrimonio con Fernando es el resultado de un acuerdo que llevó a cabo con sus padres, al quedarse solo tras el fallecimiento de los suyos. Nunca se ha sentido su compañera y sí su servidora. El trato que recibe de Fernando se lo confirma. La ausencia de un ansiado hijo se

le hace eterna y él la culpabiliza por ello; la cree estéril. Guarda una esperanza en su interior que, de forma intuitiva, le dice que, llegado el momento y a pesar de su madurez, la semilla germinará.

Daniel

Marchó de Abelón al cumplir los dieciocho años; la aventura y el ansia de explorar el mundo le impulsaron a ello. Nunca mostró el menor interés por los bienes de sus padres; para eso estaba su hermano Fernando. Sí le interesó, desde muy joven, el trabajo de la piedra seca. Observaba cómo trabajaban las cuadrillas de canteros los bloques de granito e iban conformando las paredes.

Su carácter decidido le empujó a marchar a Argentina. Según sus informaciones, había trabajo y todo estaba por hacer. Al llegar a Buenos Aires, utilizó sus escasos contactos y comprobó cómo la ciudad se repoblaba de magníficos y elegantes edificios. Estaba en franca transformación. Fue en el sector de la construcción donde Daniel inició su andadura en el país que le acogió y llevó a cabo su progresión profesional.

En el año 1886 comenzaron las obras de remodelación de la Casa Rosada, sede del poder ejecutivo. En ellas estuvo trabajando Daniel como responsable de las obras de cantería. Una vez finalizadas en el año 1880, Daniel tomó la decisión de volver a España. Se estableció en Sevilla, donde el auge del comercio estaba generando un inusitado desarrollo en la ciudad.

Una vez asentado en Sevilla, lo que no sospecha Daniel es que, después de cuatro años de permanencia en esta ciudad, el azar de la vida le llevará de nuevo a Abelón. Ha sido el responsable de los trabajos de cantería en la ampliación y remodelación de varias iglesias; está de moda el neoclásico y hay trabajo por doquier. El arzobispo de Sevilla lo ha recomendado al obispo de Zamora y ahora tiene en cartera la remodelación de varias iglesias en la provincia, entre ellas la de Abelón y el pórtico de la de Bermillo.

El reencuentro

Todo es contención en Clara ante la presencia de Daniel; siente su mirada al igual que cuando tenía catorce años y la esquivo con rapidez. Lo encuentra más tranquilo, y el gesto de su rostro confirma la firmeza de su carácter. El reencuentro entre ambos hermanos ha sido efusivo. Daniel no ha tenido palabras para justificar su improcedente y largo silencio. Fluyen en su mente los recuerdos de su niñez y juventud... En ellos aparece Clara, tan tierna y dulce, contemplándole llena de admiración. La Clara que tiene ahora ante sí es una lozana y bella mujer. Pronto comprueba el trato que recibe de Fernando y le sorprende su sumisión.

La presencia de Daniel ha provocado en Clara un estado emocional desconocido del cual le es imposible sustraerse. Sus noches en vela se le hacen eternas. La dulce idealización que tenía de Daniel ha desaparecido de su mente para dar paso a un sentimiento real que la embarga y piensa: «¿Qué puedo hacer para abstraerme de esto?». Ante tal inquietud, desea que pasen los días y se produzca su marcha. Guardará su recuerdo y de nuevo la idealización del ser querido volverá a su mente.

Daniel aparece en casa al anochecer después de agotadoras jornadas de trabajo. Debe cumplir el plazo previsto. Piensa que la presencia de Clara, tan pendiente de él, compensa su cansancio. A veces cree ver en ella la mirada de admiración que le prodigaba cuando solo era una chiquilla; siente cómo un sentimiento de amor está anidando en él y constata que su hermano, con su tozudez, es incapaz de captar la corriente emocional que inunda el ambiente.

Las obras de la iglesia han avanzado. Clara, por curiosidad, ha pasado para ver su estado. En este momento los obreros andan ultimando el andamiaje de la cubierta. Las paredes y los tres arcos del interior están terminados. De la antigua iglesia románica, solo se ha respetado la fachada este y la orientada al norte, donde se encuentra el pórtico de entrada. Cree que la marcha de Daniel será inminente. Efectivamente, esa misma noche, durante la cena, les comenta que dentro de unos días marchará y que volverá; tiene la contrata del pórtico de la iglesia de Bermillo pendiente. Fernando se retira pronto; debe madrugar al día siguiente, es feria en la ermita de Gracia y quiere vender un par de mulas.

La fuerza del destino

No ha amanecido y Clara, antes de que se despierte su esposo, se dirige a la cocina. Atiza el fuego del hogar; tiene que preparar el almuerzo que Fernando se ha de llevar.

Despuntando las primeras luces del día, Fernando emprende la marcha hacia la feria. A través de la ventana, Clara contempla cómo se aleja y, de forma inconsciente, deja que a su mente acuda la figura de Daniel. Marchará dentro de unos días... Se dirige a apagar la débil llama que emana el candil cuando la mano de Daniel se le adelanta. En la penumbra siente cómo sus fuertes brazos la abrazan con pasión, mientras sus labios en un susurro murmuran: «Qué larga se me ha hecho la espera».

Abelón, mayo de 1895

Clara se encuentra feliz y Fernando también; ya tiene un heredero. Cuenta con veinte días y celebran su bautizo. Ella lo contempla con amor y agradece al destino tan ansiado bien.

EL PARDAL

Alfonso Sastre



Embarque de emigrantes (1910). Fotogr.: Sánchez.

Aquilino, alias *el Pardal*, así se llamaba el menor de los cinco hermanos habidos en el matrimonio formado por Amancio e Isabel. Este era un poco rebelde, trasto e inconformista, motivo por el cual, cuando contaba 23 años, emigró a República Dominicana, donde hacía 36 años había hecho lo mismo su tío Antonio, hermano de su padre, quien lo esperaba y acogió como a un hijo, con la aquiescencia de su esposa Claudia. Este matrimonio no tenía descendencia.

Aquilino entró a trabajar en una fábrica de canales recomendado por su tío y en su compañía, adoctrinándole hasta hacerle entrar en vereda. Transcurrido un año y medio de su entrada en la fábrica, se jubiló el encargado de su taller y la empresa le adjudicó dicho puesto. En Abelón, cuando preguntaban a la familia por el chico, la contestación siempre era la misma: "*el Pardal voló*".

El tío Antonio cobraba un sueldecillo de andar por casa, motivo por el cual la tía Claudia tenía que dedicarse a trabajar fuera, fregando escaleras y lavando a mano grandes baños de ropa que planchaba posteriormente. Aquilino observaba aquel quehacer de su tía y también, cómo su tío nunca echaba una mano. Una noche soñó que su tía había tenido un accidente que la había dejado incapacitada temporalmente para ejercer las labores del hogar. Soñó, igualmente, que ante esa circunstancia su tío había abandonado el domicilio, no quedándole a él más remedio que poner manos a la obra para salir adelante. Este sueño quedó tan grabado en su mente que, a partir de ese día, era él quien hacía su cama

y se encargaba de llevar a cabo todas las faenas que la tía le encomendaba. De la misma forma, entregaba en casa parte de su sueldo para ayudar al sostenimiento del hogar.

Durante el tiempo que permaneció en su casa, Aquilino y el tío Antonio echaban grandes parrafadas. El primero le contaba al segundo cómo había quedado todo por Abelón, cómo transcurría la vida, cómo se llamaban los hijos de sus hermanos y las penalidades que diariamente tenían que soportar. El segundo le manifestaba al primero que, desde que se había ido del pueblo, las únicas noticias que recibía eran a través de alguna carta esporádica que llegaba de vez en cuando y en las que nunca se contaba la verdad. Él se fue del pueblo cuando contaba 20 años y estaba soltero; siempre había trabajado en la misma empresa, y si bien no había logrado ningún ascenso, estaba bien considerado dentro de ella.

El socio mayoritario de la empresa, que poseía el 35% de las acciones, tenía una única hija, rubia, simpática y bastante agraciada, llamada Pilarín, quien después de terminar la carrera de ADE brillantemente, comenzó a trabajar como secretaria en las oficinas de la empresa.

Aquilino, como encargado de uno de los talleres, tenía que pasar cada día por la oficina para dar la novedad y exponer sus ideas, técnicas y asuntos que se deberían tener en cuenta para ir mejorando el funcionamiento. Esta labor cotidiana implicó que la amistad y confianza entre Aquilino y Pilarín fuera mayor cada día, derivando en tomar un café, hoy fuera de la empresa, acudir juntos al cine o teatro en alguna ocasión y así, sucesivamente, su relación se fue consolidando.

Cinco años después, con el consentimiento de ambos y la aquiescencia de los padres de ella, contrajeron matrimonio en la catedral de Santo Domingo. La familia de Aquilino, si bien estuvo informada del acontecimiento, no tuvo posibilidad de desplazarse desde Zamora. En representación de toda ella, estuvieron presentes los tíos Antonio y Claudia. De este matrimonio nacieron dos criaturas, un niño al que, en honor a su tío abuelo, pusieron por nombre Antonio (Toni) y una niña a la que llamaron Pastora.

Cuando Toni rondaba los ocho años, empezó a aficionarse a que el tío abuelo le contase cuentos e historietas, pero a la vez que se iba haciendo mayor, se iba interesando con más ahínco por que le relatase las vivencias en su pueblo de Abelón. Este, para no herir la sensibilidad del mocete, que ya lo era, intentaba contarle las verdades a medias. Tanto insistía el chaval que en algunas ocasiones al tío abuelo comenzaban a brillarle los ojos, teniendo que hacer un esfuerzo para contener las lágrimas.

Antonio era un personaje muy curioso; le gustaba escribir y en uno de sus cuadernos relataba milimétricamente la época que pasó en el pueblo antes de emigrar y el porqué lo hizo. De vez en cuando le soltaba una parrafada al chaval, que ya tenía 16 años, sobre algún tema de los anotados en el cuaderno.

Pilarín, como hija de uno de los socios, había ido adquiriendo acciones de la empresa hasta llegar al 5%, porcentaje que le permitía hacerse socia de la misma. Su padre, a su vez, continuaba de gerente.

Cuando llegó el día de la jubilación de Antonio, le hicieron un homenaje. El gerente le dio las gracias, ensalzándolo en grado sumo y ofreciéndole todo aquello que pudiese necesitar. Como quiera que Aquilino era el jefe del taller donde también trabajaba su tío, la empresa consideró que debería ser él quien le hiciese entrega de una placa conmemorativa donde figuraba su nombre como uno de los obreros que inauguró el negocio. Ambos se fundieron en un efusivo abrazo y se vieron correr lágrimas por sendos rostros.

Pasados quince años más, también llegó la hora de jubilarse al gerente, por lo que sus acciones pasaron a manos de Pilarín, su hija, que aprovechó la circunstancia para hacerse con el 13% de acciones de otro socio que también se jubiló, pasando a disponer del 53% del total. Como quiera que la gerencia estaba vacante, hizo valer su supremacía para obtener dicha plaza, estando siempre bien asesorada por su marido. Los hijos de estos, tanto Toni como Pastora, fueron buenos estudiantes y sacaron carreras brillantes. Toni tenía en mente las charletas mantenidas con el tío abuelo y siempre comentaba con su padre que él no tardaría en girar una vuelta por las latitudes de su tierra. Su padre siempre había sido remiso en darle explicaciones sobre el tema, pero el chico estaba ansioso por conocer a sus tíos y primos, que solamente había visto en fotografía.

Los abuelos habían dejado de existir dos años antes, con un intervalo de cuatro meses entre uno y



Santo Domingo, República Dominicana, Plaza Colón. Catedral con monumento a Colón. Fotogr.: Oswald Lübeck, año 1911-1913.

otro. Aquilino recibió la noticia de la muerte de su padre, Amancio, el mismo día que estaban velando el cuerpo del tío Antonio. Este, antes de morir, hizo constar en el testamento que el cuaderno con sus aventuras y desventuras de Abelón sería para Toni y el resto de los bienes, cuando su esposa Claudia faltase, serían para Aquilino.

En República Dominicana también es costumbre que en los Reyes Magos que todo el mundo sea agasajado con alguna cosa, es aquí cuando surge la sorpresa para Aquilino y Pilarín. Toni y Pastora se ponen de acuerdo para comprar cuatro pasajes con destino a Abelón de Sayago, en la provincia de Zamora; quieren que su padre rememore las andanzas por estos parajes y que su madre tenga la oportunidad de conocer a su familia política.

Una vez en Zamora, alquilan un taxi que los traslada al pueblo. En Abelón, aunque ignorantes de su llegada, los reciben con alegría y cariño; les ofrecen todo aquello de lo que disponen y entre hermanos y primos se suceden los abrazos, surcan las lágrimas y a voz en grito alguno exclama: "Ha regresado el Pardal, el Pardal ha vuelto".

Reunidos todos juntos, lamentan la ausencia de los progenitores, que por mor del destino no se encuentran entre ellos. Todos los hermanos quieren hacer partícipe a Aquilino de la herencia que le corresponde. Este responde alto y claro que renuncia a la misma y ofrece trabajo en la empresa de Pilarán a los sobrinos que estén dispuestos a cruzar el charco.

Los pocos días que permanecen juntos, todos se sienten felices y comen las perdices que entre hermanos y cuñados en el monte habían cazado.

UNA CARTA EN VERSO A ABELÓN DESDE LA GUERRA DE MARRUECOS

Toni Silva

Voy a aportar mi granito de arena a esta magnífica revista de Abelón recordando a mi tío abuelo Daniel Fernández Pichel, que fue el fundador de la colonia de abeloneses en Ribadesella, un clan que no ha parado de crecer desde que él llegó a esta villa asturiana en 1929. Vino como Oficial de Secretaría del Ayuntamiento, un puesto que ganó por oposición y en el que se jubiló a finales de los 60. Su conocimiento de las interioridades y los mecanismos municipales hizo de él una pieza insustituible del Ayuntamiento, además de un gran secretario suplente en los muchos periodos en que la plaza estuvo vacante y al paio. Su disposición a ayudar le granjeó el cariño del vecindario, que siempre vio en él a alguien a quien acudir en asuntos de trámites, cuentas, papeles, becas y todo tipo de cuestiones agudas y peliagudas. Para nosotros, en casa, siempre fue "Tío Daniel". Para el resto del vecindario, "Daniel el Escribiente". Y en la guerra de Marruecos, el "Sargento Pichel".

En esta revista, por razón de espacio, me limitaré a la publicación de unos versos que Daniel escribió y envió a Abelón desde un campamento de la Comandancia de Larache, en el Protectorado de Marruecos, en 1920.

Daniel Fernández Pichel nació en 1895 en Abelón y sus padres fueron Miguel Fernández, de allí, y Restituta Pichel, oriunda de Alcañices. Además de Daniel, tuvieron otros dos hijos: Alfonsa (la madre de Agripino, mi padre, emigrado a Ribadesella en 1955) y José (el padre de mi tío Germán, también afincado allí en 1951). A los 16 años Daniel emigró a Matanzas, Cuba, y le acompañó el que después sería mi abuelo materno, Atilano Sastre, aunque ambos regresaron a España para hacer el servicio militar. A Atilano no le sentaba bien el calor húmedo y Daniel tenía el propósito de hacerse soldado, y lo hizo como voluntario en 1914. En 1917 se reenganchó e ingresó en el ejército de África con el empleo de cabo en el Batallón de Cazadores de Ciudad Rodrigo nº 7, un cuerpo de infantería ligera enviado a la Comandancia de Larache en 1914. Eran fuerzas de élite, que se movían con tácticas de guerrilla y escaramuza y no con la rigidez de la infantería de línea. No le tocaron los sucesos de Annual de 1921 porque eso sucedió en la otra parte del Protectorado, en la Comandancia de Melilla, y él siempre estuvo en la de Larache, implicado en la guerra intermitente con el caudillo El Raisuni, que unas veces era aliado de los españoles y otras enemigo.



Los sayagueses Isidro Garrote y Daniel Fernández Pichel (dcha.), sargentos en Marruecos, 1920. *Fotogr.: Fondo familiar de Marichelo Fernández.*

La carta está escrita el 18 de abril de 1920, y ese año la guerra en esa zona estaba muy activa. En febrero Daniel había sido ascendido a sargento y los soldados estaban movilizados de campamento en campamento combatiendo a las guerrillas de El Raisuni, que cortaban las carreteras y el telégrafo, daban golpes de mano y traían en jaque a los españoles con su movilidad y su dominio de las montañas de la región del Yebala. En abril, en el momento de la carta, el batallón de Daniel se encontraba destacado en el pequeño campamento de El Zinat (él escribe "Cinat"), que protegía desde las alturas la base española de Regaia ("Regaya"), que a su vez defendía el eje de carreteras entre Larache, Tánger y Tetuán. El barco correo salía hacia España desde Tánger, zona internacional, y ya en Zamora las cartas iban en el coche de línea de Bermillo, aunque las de Abelón debían descargarse en Fadón y desde allí eran llevadas a Fresnadillo, donde hacían noche. Este rodeo indica que aún no estaba construida la carretera que va a Moralina, pasando por Abelón.

Las comodidades de la vida en el campamento eran inferiores a las del cuartel: el frío de la montaña, la lluvia, el barro, la dura cama, las marchas, el peligro... Todo se apunta en la carta, pero sin darle mayor im-

portancia. Ni la censura militar lo hubiera permitido ni un quejica era el Sargento Pichel, recio como buen sayagués, que toda la vida conservó sus cuali-

dades de andarín y su entereza ante las adversidades, como la de quedarse viudo y con siete hijos en 1957. Así dice la carta:

*Dichoso eres, papel,
contento debes estar
sólo por haber llegado
a manos de un militar.*

*Cuando llegues a Abelón,
sin detenerte en las calles,
que te lleve el tío Jeromo
a casa Miguel Fernández.*

*Sin santos ni crucifijos
ni adornos de otro tamaño,
pero está a la cabecera
el fusil bien preparado.*

*Por la virtud que te ha dado
el que todo lo creó
quisiera darte un encargo,
y es que vayas a Abelón.*

*Mi padre saldrá enseguida,
mi madre saldrá también,
y mis hermanos, si están,
muy pronto te irán a ver.*

*Cinco balas tiene dentro,
con el cerrojo montado,
y bien puesto el seguro
para que no haya cuidado.*

*El viaje lo tienes pago,
nada tienes que pagar,
mañana por la mañana
coge el camino y te vas.*

*Tú los saludas a todos
en el momento que llegues,
que le paguen al cartero
y le den el aguardiente.*

*Nos acostamos cuatro
de los cinco que aquí habemos,
uno está de centinela
para guardarnos el sueño.*

*Con Pérez vas a Regaya,
desde allí a Tánger con Guerra,
desde allí ya no irás sola
porque ya habrá compañeras.*

*Tú no tomes ni una copa,
no siendo que te emborraches,
ya te darán de comer
después que el cartero marche.*

*Catorce mil son las balas
que para cinco tenemos,
ya pueden venir moritos
hasta que las acabemos.*

*En Tánger coges un barco
y en él para Cádiz partes;
oye bien lo que te digo,
no vayas a equivocarte:*

*Cuando se vaya el cartero
tú te quedarás en casa;
después de algunos momentos
les cuentas lo que aquí pasa.*

*A África nunca vuelvas,
porque aquí hay mucho trabajo;
si te llega la ocasión
por allí puedes contarlo.*

*En el primer tren que salga
te subas y no te bajes,
que aunque venga el conductor
al suelo no podrá echarte.*

*Diles que tengo salud,
que eso es lo principal,
que yo siempre estoy contento,
que ellos hagan por igual.*

*Dale recuerdos de Pedro,
de Salvador y de Roque,
y también se los darás
de Marcelino Garrote.*

*Si te piden el billete
ya sabes qué contestar,
no tienes más que decirle
que vienes de un militar.*

*Después les dirás la vida
que llevamos en campaña:
aquí por casa tenemos
una tienda de campaña*

*Le darás a cada uno
dos besos y dos abrazos;
cuidado de no olvidar
nada de lo que te encargo.*

*Cuando llegues a Zamora,
sin ninguna dilación,
coges un coche y te vas,
sin detenerte, a Fadón.*

*que más parece una choza
de morería que de España.
Fíjate bien lo que ves
para contarlo en España.*

*Si te preguntan que cuándo
te has despedido de mí,
les dices que en el Cinat
quedé el 18 de abril.*

*Allí te apeas del coche
pero no te vayas sola,
esperas al tío Jeromo
que le conoces de sobra.*

*Diles que aquí llueve mucho
y que también ha tronado,
que cayó ayer más agua
que lleva el Duero en un año.*

*Con que adiós y no te pierdas
y que lleves feliz viaje,
y si preguntan por mí
mis recuerdos puedes darles.*

*Con él vas a Fresnadillo
y duerme una noche allí;
al día siguiente, temprano,
a mi pueblo puedes ir.*

*Con cuatro estacas de un palmo
forman los pies de la cama,
teniendo para colchón
un saco y alguna paja.*

*Cuando llegues a Abelón,
que te lo encargo otra vez;
les dices que vas de parte
de su querido... Daniel.*

En 1922 el gobierno comenzó a repatriar soldados de Marruecos y Daniel fue destinado en noviembre al Regimiento de Infantería de Zaragoza nº 12, de guarnición en Santiago de Compostela. Allí fue donde conoció a Consuelo Malvárez, su futura esposa, que le iba a quitar de la cabeza su idea de seguir en el ejército. Pero esta es ya otra historia.

Mi agradecimiento a Marichelo Fernández Malvárez y al resto de la familia por su ayuda.

CARTA AL PRINCIPITO

Pedro Bernabé



Querido Principito:

Aunque estés ahora muy lejos, quién sabe dónde, yo te siento muy cerquita. He vuelto a Abelón, me he sentado en la Peña Grande y me ha asaltado un llanto copioso, pausado y purificador. Solo a ti puedo contártelo. Yo también tenía un cordero.

Una mañana, al levantarme, me encontré en el corral con un cordero blanco, delgaducho y mojado al que su madre lamía los rizos de lana. Estaba tumbado en el suelo y cuando acerqué su morro a la ubre, sus largas patas se encorvaban y se tambaleaba. Antes de ir a la escuela, fui a llevarlo al *prao*.

Me dijeron que había que llevarlo agarrado por las patas delanteras, pero, si lo cogía así, berreaba y la cabeza le colgaba a un lado. ¿Sabes? La cabeza le colgaba, así como... como al Cristo del altar mayor.

Como se le arrastraban las patas de atrás, lo cogí con los dos brazos contra el pecho, pero así no podía caminar. Entonces lo subí a la peña, metí la cabeza entre sus patas y lo puse a *cachapurriles*. Así hasta podía correr. ¡Vaya manera que tienen los mayores de llevar a los corderos!

Hacía frío aquella mañana. Los tejados y la hierba estaban blancos y los dedos y las orejas se ponían colorados. Yo lo dejé, con su madre junto a la pared, al sol y a la brigada. A mediodía fui a verlo. Estaba hecho un ovillo y al acercarme, se levantó. ¡Ya caminaba!

Llegué a la escuela a la vez que el señor maestro y no pude jugar al fútbol. Ese día me daba igual. Por la tarde ya corría detrás de la oveja... ¡Qué cordero, Principito, qué cordero! Cada día se hacía más grande y fuerte. Ya no me tenía miedo, como al principio, sino que venía corriendo cuando me veía. Le daba pan y se lo comía.

Al poco tiempo teníamos más ovejas con corderos. Yo los llevaba al *prao* todas las mañanas antes de ir a la escuela e iba a recogerlos por la tarde. Ninguno era como él. Si lo hubieras visto correr y *guinzar* con los demás... ¡Qué cordero, Principito, qué cordero! El más grande, el más fuerte, el más hermoso. El único que venía corriendo cuando me veía.

El primero de mes era la fiesta de san Felipe. Tiraban cohetes, había procesión después de misa y ya andábamos ensayando los versos para recitarlos ese día.

No subí al campanario la víspera por la noche, ni corrí detrás de las varillas de los cohetes. Aparte de eso, me quedé cortado en la mitad de la poesía. Era de risa, ¡gananas tenía yo de reír!

Lo voy dejando para el final. No quiero ni contarlo. Dos días antes de la fiesta me enteré: ¡lo iban a matar! Por más que traté de defenderlo, no sirvió de nada. Hasta pensé *amontiar*me con él y con la oveja y vivir bajo una *palombrera*. No me atreví. Lo que sí hice fue dejar abierta la puerta del corral cuando salí a mear antes de ir a la cama. Por la mañana a todos extrañó que la puerta estuviera abierta, pero las ovejas y los corderos estaban dentro. ¡Si lo hubieras oído berrear cuando lo separaron de su madre! Yo me marché. Iba corriendo y llorando. Cuando pasé por la fuente, tiré una piedra bien gorda y después estuve un rato grande sentado en una peña. Al volver a casa pasé por el *prao* y la oveja estaba con la cabeza levantada y no paraba de berrear.

Lo vi, Principito, lo vi colgado de una estaca en la pared. Tenía un hilillo de sangre coagulada en el pescuezo. ¡Cómo iba yo a comer ese día! ¡Cómo iba yo a reírme cuando recitaban las poesías!

Cuando me acerqué a los músicos y escuché el retumbar del tambor con la barriga, sentí una cosa aquí dentro...

CUANDO EL CIELO HIERVA Y LAS PALABRAS DESAPAREZCAN

Alejandro de Pedro

En Abelón, un pequeño pueblo a las afueras del universo, entre el centeno y las flores crecen pájaros y cantares y se apilan nobles gentes que labran, comen lo trabajado y vomitan lo ganado. Viven entre el frío temprano, el vino y los arados, sintiéndose más, aunque de menos siempre los han tachado. No hay monedas ni visados, solo grano en los costales tejidos con la poca lana de los animales. Las tierras son de todos y no son de nadie. Los caminos empedrados los escoltan paredes de prados que la propia gente ha levantado. Duermen con la tranquilidad de quien sabe que mañana el sol saldrá por el mismo lado y los árboles seguirán dando la misma apacible sombra sobre la que descansar cuando el tiempo lo decida. Muy temprano por la mañana se levantan en aquellos paisajes, los niños zigzaguean entre las mulas y los trillos, las personas se saludan por las calles, van en dirección a cualquier parte para desempeñar cualquier tarea con seguramente peor cara que buen propósito. Allí nada cambia, todo sigue igual porque todo tiene que seguir igual, esta es la magia del lugar al que vienen a morir los dioses. No necesitan grandes pretensiones ni gigantescos danzares, solo son con la tierra y la tierra les deja ser con ella. Sorteando los miedos y los aluviones, viven como se ha de vivir: en paz.

Por el contrario, en el norte el panorama es sobrecogedor y apocalíptico. Allí no se huele la primavera, solo el humo que las chimeneas de las fábricas lanzan al aire. La gente marchó allí en busca de prosperidad y riqueza, de amor y lujuria, de risa y belleza. Y en buena medida lo consiguieron, ¿pero a qué precio?

Todo marcha bien aquí, hay trabajo, hay bares, hay fiesta... En la ciudad las luces siempre están encendidas, siempre hay gente dispuesta a sacrificar gramos de amor propio por un poco de diversión. Nada puede salir mal aquí, es el sitio soñado para la gente que quiso soñar. Ilustres veteranos de la vida que siempre van un paso por delante. Tienen la galaxia a sus pies, nada ni nadie los puede parar, van decididos a vivir una vida de pasión, música y desenfreno. Pero llegan a casa hundidos por el trabajo cuando al cielo se le apaga su color, y salen cuando aún no lo ha recuperado. Viven de presente y en presente se convierten rogando un futuro mejor. Si lo hay, está aquí, eso



Fotogr.: MSF.

está claro, para eso vinimos, piensan desconcertados. Pero los engranajes en la ciudad no son tan perfectos como ellos creían; cuando el tirano aprieta, los pobres lo pagan. Y aun se creen afortunados, pero poco tardarán en llegar los malos días, el hambre, el polvo y las cenizas de una civilización que se hunde sobre sí misma. Ahora la gente ya no canta, ya no ríe, ya no hay color en los bares, el viento silba de tristeza y los corazones se apagan. ¿Qué pasó con la bella ciudad, con el mundo prometido? ¡Qué poco queda ya de eso! Ahora muere y perece sobre los cuerpos de los pobres engañados que allí acudieron. Ahora buscan otra salida, porque cuando el cielo hierva y las palabras desaparezcan, solo quedarán las raíces.

RELATO DE LO ACAECIDO EN EL AÑO 1191 EN LA ERMITA DE LA DEHESA DE LA ALBAÑEZA

José Luis de Pedro



Galería de la casona de la Abañeza. Fotogr.: MSF.

En el año 976, el rey leonés Ramiro III, siendo su madre regente, entrega “*Villa Belone*” (Abelón) a los frailes benedictinos de la Orden del Monasterio de san Juan de Sahagún de León. De esta forma quedó convertida la Dehesa de la Albañeza en un territorio de abalengo. El lema de esta orden es “*ora et labora*”. Poco antes de 1191 habían venido desde el Monasterio de san Juan de Sahagún dos frailes ordenados y seis legos. Los frailes eran fray Benito, que andaba muy despacito, y fray Desiderio, de todos, el más serio. Los demás eran legos. Olegario era el boticario y se encargaba también del sagrario y el campanario. Alberto estaba tuerto y cuidaba del huerto. Joaquín, el más ocurrente y pequeñín. Sisebuto el más bruto, Antón el más fuerte y grandón, Áureo llevaba las cuentas y Bernardo el más cardo.

Todos estos se dedicaron a poner en orden la *domus romana* en la que los pasajeros se dedicaban a descansar cuando iban desde Zamora a Miranda do Douro o viceversa. Esta *domus romana* fue convertida por los frailes en un pequeño monasterio con sus habitaciones, cocina, oratorio y dependencias ganaderas. Este espacio disponía de un sótano muy antiguo, que utilizaron para guardar los libros que escribían en latín y como almacén de los más variados instrumentos.

Aprovechando las columnas romanas y piedras del antiguo edificio, lo transformaron al estilo de la época e incluso pusieron canecillos antropomórficos, a modo de adornos, al más puro estilo románico con la ayuda de un maestro cantero de la zona y varios albañiles de Abelón.

A este lugar de ambiente bucólico llegó el año del Señor 1191 y los frailes, muy ufanos, fueron por la Calzada Mirandesa a Zamora para visitar al obispo monseñor Martín Arias. Con posterioridad, el obispo y el prior Pedro de Sahagún de la orden de san Benito de san Juan de Sahagún, visitaron el pequeño monasterio para consagrarlo, así como don Camilo, el párroco de Abelón, con el alcalde y unos cuantos abeloneses amigos de los frailes. En total eran 35 personas. A eso de las 12 horas del día 11 de agosto se disponían todos a entrar en el oratorio cuando de repente el cielo se oscureció de tal forma que parecía noche cerrada. Había una tormenta con truenos y centellas por doquier que iluminaban por instantes todo el lugar. Iban cantando: “*Veni Creator Spiritus, Mentis tuorum visita...*” cuando un relámpago enorme rompió el cielo y lo iluminó con una luz refulgente. Cayó un rayo que mató dos cabras y ocho ovejas y una encina que estaba al lado se puso a arder como una tea. La zona más alta del campanario de Olegario salió despedida a cientos de metros y aunque la campana quedó ennegrecida, no cayó. Había un fuerte olor a chamusquina y espanto en el rostro de todos los humanos, pero ninguno sufrió mal alguno. Aquello fue un milagro patente y todos se pusieron a alabar y cantar a la Virgen aquello de “*Regina caeli letare*” y otros cantos, pues tuvieron la sensación de haber salvado sus vidas. Al oratorio le pusieron el nombre “*Virgen del Rayo*”. Pasó un poco de tiempo y el cielo escampó. Todos estaban muy contentos porque aquel día volvieron a nacer. Los frailes ya habían preparado con anterioridad el refectorio y todos se pusieron a dar cuenta de todas aquellas viandas que habían preparado, una vez que el prior don Pedro bendijo la mesa. Sisebuto trajo pernils de su matanza y para postre una rica miel de sus colmenas. Alberto puso productos de su huerto, Joaquín puso queso y requesón de sus ovejas. Olegario, antes de tocar la campana del campanario, les había preparado *amanitas caes reas* y se fue a tocar la campana que, aunque ennegrecida, no se había caído.

Se corrió la voz de lo que allí había sucedido en presencia de autoridades eclesiásticas y civiles y muy pronto empezaron peregrinaciones al lugar para rezar y llevarle exvotos a la Virgen. Todos los niños de Abelón fueron llevados por sus madres a la Virgen para que les protegiera. Todo Sayago, Zamora y la zona portuguesa de Miranda do Douro peregrinaban al lugar para conseguir gracias de la Virgen.

A POR LEÑA A LA DEHESA LA ALBAÑEZA

José Vicente



Gavia Honda, La Abañeza. Fotografía: Manuel de Pedro.

Sabido es que, habiendo faenas de verano, no se podían dejar de ninguna manera. Pero acabado de *arrecoger*, más cerca del veinticinco que del quince de agosto, era cuando se miraba a hacer este trabajo, que aunque *entoavía* hubiera leña en la *cibaña*, el invierno después era muy largo.

Los días del mes de agosto daban *pa* todo, así que no era *descaminao* escoger uno entre el veinte y el treinta *pa* ir a por leña a La Abañeza, la dehesa de Abelón.

Se acordaba con los vecinos del quiñón que te hubiera tocado en suertes el día más *apropiao pa* ir; si era con luna llena, mejor que mejor, y en cuanto se decidiera, se iba *pallá*.

La leña se había ido a *retropar* en verde, recién podada, allá por febrero o marzo. Se ajustaba ya en el suelo, pues podaban los podadores del pueblo las encinas que le hubiera *marcao* el alcalde y el guardamontes.

Se ajuntaba en los menos montones posibles, con los troncos mirando pal mismo lado, lo mejor que Dios te diera a entender, *pa* facilitar la carga sin tener que mover el carro del sitio.

Se salía hacia Abelón sobre las cuatro de la tarde, *pa* ir cara a la sombra, llevando en el *deshojao* del carro un *hacico* de hierba. Era conveniente ir varios juntos, por lo que pudiera pasar, por si hubiera la *necesidá* de una ayuda; no fuera a ser que *pa* sacar el carro hasta el camino o en algún repecho, la pareja se negara, y hubiera que *chegarle* otra de un compañero.

Cuando se llegaba, se colocaba el carro en el montón más *apropiao*, se calzaba bien calzado, se le metía un palo *apropiao* entre los radios, de rueda a rueda, se soltaba la pareja que comiera la hierba y algo de *rojo* por allí y se miraba a cargar. *Terminao* de cargar, se comía el muerdo que se había llevado en un talego y se tumbaba uno a dormir hasta la salida el día.

Al rayar el día se unía la pareja y unos delante y otros detrás, *pa* Villamor. La cosa cuadraba bien, porque se venía *tol* camino cara la sombra. Se solía parar en la fuente Matafríos, término de Fresnadillo; se descansaba un poco, que las vacas cogieran aliento un ratito, se echaba un trago de agua si se tenía sed, y con las mismas, el camino *alante* hacia el pueblo. Si no había ningún percance, a las once de la mañana tenías el carro *arrimao a la cibaña*.

Se daba agua a las vacas, con un *cestico* de hierba, ahora que la *habié*, o unos manojitos de herrén, y a almorzar se ha dicho. Ya se descargaría cuando hubiera vagar, que lo mismo había que buscarle otro sitio a la leña *pa* ir gastando antes la más *atrasada*.

Este relato que os he contado de la recogida de leña en la dehesa de La Abañeza es la transcripción en viva voz de un sayagués fajado y curtido en las labores del campo. Descripción detallista de unos menesteres que el paso del tiempo ha condenado al olvido y se nos hace necesario recuperarlos y darlos a conocer, porque forman parte de nuestra historia en cuanto a usos y costumbres que existieron en nuestra comarca.

FE DE ERRATAS DE LA REVISTA N° 6



En la anterior revista el pie de foto de esta fotografía indicaba que la casa era de Ángel Miguel. Lo fue, actualmente es propiedad de la familia Perdigón Pascual.



Página web <https://hablemosdeabelon.com>

Podéis acceder a los cuadernos divulgativos “Hablemos de Abelón” en la página web *hablemosdeabelon.com*. Además encontraréis una amplia galería de fotos, un breve repaso histórico de Abelón e información sobre sus lugares más emblemáticos. Os recomendamos visitarla.



Fotografía: MSF

Bar restaurante Tito

“Si tienes previsto visitar Abelón, no olvides pasar por el bar restaurante Tito, no te defraudará...”